

T. Serébrechnikov

LA MUJER
EN LA
UNION SOVIETICA



EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS • MOSCU 1943

PROLOGO

En este folleto nos proponemos contar algunas cosas sobre la mujer en la Unión Soviética.

Actualmente todo el pueblo soviético sostiene una guerra patria contra los invasores germanofascistas. En esta dura lucha, la mujer soviética desempeña una importante y honrosa tarea.

Duro era el destino de la mujer en la Rusia zarista. Por unos míseros céntimos la mujer se veía obligada a trabajar en los talleres y fábricas 12 y 13 horas diarias en durísimas e insoportables condiciones. Estaba privada de todo derecho y en continua zozobra por su porvenir. Por temor a ser despedida, la mujer frecuentemente ocultaba su preñez y daba a luz en el mismo taller, junto al banco de trabajo, volviendo al día siguiente a éste. En el centro del país, en Moscú, más de una tercera parte de los hijos de familias obreras morían antes de llegar a tener un año. A la edad de 30-40 años, la mujer obrera era ya una inválida. La vida de la campesina era más dura aún: el trabajo agotador de sol a sol, los constantes reproches y palizas del amo y del marido, el analfabetismo; todo esto reducía a la mujer campesina a la condición de esclava.

La Revolución de Octubre de 1917 en Rusia entregó el Poder a los Soviets de Diputados Obreros y Campesinos. Los obreros y campesinos crearon su propio Estado. El Poder Soviético cambió *radical-*

mente la vida de la mujer: la libró de la servidumbre y le concedió los derechos que corresponden a todo ser libre, la incorporó a la vida activa, a la edificación estatal y económica del país. La mujer soviética obtuvo la libertad e igualdad de derechos.

Ha comprendido y adquirido plena conciencia del origen de la verdadera libertad y de la verdadera igualdad de la mujer; por eso defiende tan decididamente su nueva vida.

“Para nosotras no puede haber otra vida—dicen las obreras del heroico Leningrado—, que la vida del ser libre. Esta libertad nos la ha dado nuestra Patria libre, que nos sacó de la miseria y de la mayor desigualdad; y nosotras estamos dispuestas a cualquier sacrificio para defenderla contra la vil agresión”.

En estas vigorosas palabras resuena la voz de millones de mujeres soviéticas, que se alzaron en defensa de su tierra, en defensa de las grandes conquistas de la Rusia Soviética.

La mujer soviética defiende abnegadamente su Patria. Defiende el Poder conquistado a costa de la sangre del pueblo.

Ya en la primera Revolución Rusa, en el año 1905, muchas mujeres tomaron parte en las huelgas políticas de masas que abarcaron todo el país. Al lado de sus maridos, hermanos e hijos luchaban en las barricadas; afrontaban los trabajos forzados, el destierro, las cárceles, por la causa común: la libertad.

Durante la segunda Revolución Rusa, en febrero de 1917, las mujeres estaban en las primeras filas de los luchadores. Pocos días antes de la Revolución, el 23 de febrero (8 de marzo), en el Día Internacional de la Mujer, tuvo lugar en Petrogrado la primera gran manifestación de mujeres exigiendo el pan, la paz y el regreso de sus maridos del frente.

En las filas de los obreros y campesinos que lucharon por la Revolución de Octubre había muchas mujeres. Ellas custodiaban las fábricas, que servían de fortalezas para los obreros, organizaban destacamentos de sanidad, efectuaban exploraciones, procuraban armas, realizaban una labor de agitación entre los soldados.

Las mujeres prestaron una inmensa e inapreciable ayuda a la República Soviética en su lucha contra los invasores extranjeros y la contrarrevolución interior en el período de 1918-1920.

La economía del país estaba muy quebrantada; en todas partes reinaba la ruina, el hambre y el frío. Las mujeres sustituyeron a los obreros que marcharon al frente y pusieron de su parte todo lo posible para asegurar la victoria del Ejército Rojo: trabajaban en los talleres y fábricas, en los campos, en las minas y como fogóneras en las locomotoras. Se entrenaban en los ejercicios militares, ingresaban en las unidades del ejército como enfermeras, exploradoras, tiradoras de ametralladora y como combatientes de filas. Lucharon heroicamente contra los más viles enemigos de la joven República Soviética, los alemanes, que la habían agredido en 1918. Muchas mujeres se destacaron en los combates de Narva, donde las tropas alemanas, que trataban de abrirse paso hacia Petrogrado, recibieron un golpe fulminante de las fuerzas soviéticas.

Un brillante ejemplo de la participación de las mujeres en masa en la lucha armada, lo constituye la defensa de Petrogrado en 1919, cuando el enemigo se encontraba en los accesos de esta gran ciudad. Toda la población trabajadora, como un solo hombre, se lanzó en su defensa.

Después de un corto período de instrucción militar, 2.660 obreras marcharon al frente; cerca de 12 000 obreras marcharon para realizar trabajos de retaguardia y de fortificación. Además de esto, a las mujeres se encomendó la custodia de las empresas

e instituciones del Estado: la Central de Correos y Telégrafos, las fábricas y los puentes. Las mujeres cumplieron valientemente con su deber, contribuyendo con todos los medios a su alcance a la derrota del enemigo y a la defensa de Petrogrado.

En la lucha por la Patria, las mujeres dieron pruebas de un verdadero heroísmo. Bajo el incesante fuego enemigo, retiraban del campo de batalla a los combatientes heridos y les cuidaban solícitamente. Marchaban en las primeras filas, a pesar de que a las mujeres que caían prisioneras los guardias blancos las sometían a los mayores escarnios y brutales torturas, las violaban y ejecutaban.

La vida combativa de la obrera Balándina, enfermera del Ejército Rojo, personifica la vida de centenares y millares de mujeres soviéticas. Desde el año 1918 hasta el final de la guerra civil, Balándina trabajaba como enfermera y propagandista del Ejército Rojo en el frente Este.

Durante un combate, mientras atendía a los heridos, cayó prisionera de las bandas de Kolchak. La condenaron a ser fusilada. En el camino hacia el lugar de la ejecución, Balándina logró ganarse a los soldados que la escoltaban y junto con ellos volvió a las filas del Ejército Rojo. Cerca de Ishim, el escuadrón en que trabajaba Balándina quedó cercado. En el momento crítico, Balándina se lanzó hacia adelante, arrastrando con su ejemplo al escuadrón, y el enemigo fué arrollado. En 1920, Balándina fué enviada al frente Oeste. A pesar de la grave contusión que recibió durante uno de los combates, no abandonó el ejército hasta el final de la guerra civil.

Gran número de mujeres luchaban en la retaguardia enemiga, en los destacamentos de guerrilleros. Muchas de las que trabajaban en la ilegalidad perecieron en las cámaras de tortura de los guardias blancos.

En 1920, en Odesa, los guardias blancos condenaron a muerte a 9 jóvenes comunistas que trabajaban en la ilegalidad, entre ellos a dos muchachas: Ida Krasnoschókova y Dora Liubárskaia. A pesar de los escarnios y torturas durante el interrogatorio, las muchachas no dejaron escapar ni una palabra. Con absoluta serenidad escucharon el veredicto. Las últimas palabras de las acusadas fueron éstas: "Todo de lo que se nos acusa lo hemos hecho con plena conciencia y estamos orgullosas de haber procedido así; no intentamos pedir clemencia, estamos convencidas de que nuestra causa triunfará". Esta serenidad, esta firmeza y elevación de espíritu no las abandonó hasta sus últimos momentos.

Es imposible leer sin emocionarse la carta de Ida a sus padres, escrita la víspera de su ejecución:

"Queridos padres: Dentro de 24 horas seré ahorcada. Me marchó de la vida con la conciencia tranquila de haber cumplido con mi deber. Sólo siento el no haber podido hacer mucho más. Estoy muy animada, absolutamente tranquila, y no sólo yo, sino también todos los demás. Cantamos, charlamos sobre cuestiones políticas... Tengo 20 años, pero siento que en estos últimos días me he hecho mucho mayor. Querida hermana, no te entristezcas por mí; consuela a mamá... A tu hijito le dejo como legado el hacer lo que no he logrado hacer yo. En este momento tengo un solo deseo: que vosotros todos, queridos míos, consideréis mi muerte como la considero yo: de un modo consciente y no como algo terrible. ¡Adiós! I. K."

Todos estos sacrificios no fueron en vano. Con su sangre, las obreras y campesinas ayudaron a la joven República Soviética a conservar y consolidar las conquistas de la Gran Revolución de Octubre. En su ejemplo fué educada la nueva generación de mujeres, que actualmente sostienen la heroica lucha contra las hordas hitlerianas.

LO QUE EL ESTADO SOVIETICO HA DADO A LA MUJER

El cuarto de siglo de existencia del Poder soviético transformó por completo la vida de la mujer. La mujer en la U.R.S.S. goza de todos los derechos, igual que el hombre.

A la vez que el Gobierno soviético proclamó la igualdad política de la mujer, le concedió la igualdad económica: el derecho a ocupar cualquier puesto, a realizar cualquier trabajo y a recibir la misma remuneración que el hombre por igual trabajo. Lenin lanzó la consigna: "Cada cocinera debe aprender a administrar el Estado". La incorporación de todas las mujeres, incluso de las que antes estaban más atrasadas, a la vida política, se convirtió en una de las más importantes tareas de los Soviets.

La actuación en los Soviets, el trabajo en las fábricas, en los campos y en las instituciones se convirtió en una escuela, en la que se educó la nueva mujer soviética. La mujer llegó a sentirse un miembro con todos los derechos en la sociedad soviética.

Actuando en los Soviets locales, las mujeres adquirieron la capacitación necesaria para el trabajo en los órganos centrales del Poder estatal. En las últimas elecciones generales, celebradas en 1939, 457.000 mujeres fueron elegidas diputados de los Soviets locales de trabajadores. Para los Soviets Supremos de las Repúblicas Federadas y de las Repúblicas Socialistas Soviéticas Autónomas, que integran la Unión Soviética, fueron elegidas 1.480 mujeres diputados. Entre los diputados designados para el órgano supremo del Estado soviético—el Soviet Supremo de la U.R.S.S.—hay 227 mujeres. Son las mejores representantes de nuestro país, quienes con su ejemplar trabajo, con su abnegado amor a la Patria, se han ganado la confianza de los electores.

He aquí la vida de Pràskovia Nikítichna Pichú-

guina, diputado al Soviet Supremo de la U.R.S.S., una mujer de vanguardia en el País Soviético.

Mucha miseria y desdichas sufrió durante el tenebroso período de la Rusia zarista, cuando la mujer no tenía ningunos derechos. Su padre servía como ayudante de portero en Petrogrado. La miseria, el hambre, el frío, el húmedo y enmohecido sótano, el estrecho patio, al que nunca llegaban los rayos del sol: esto fué lo que ella conoció en su infancia. Luego su vida se hizo más dura aún. Tuvo que marcharse a trabajar al campo, al servicio de un amo; allí Praskovia Pichúguina llevaba a pastar los terneros. Más tarde pasó a trabajar en el ferrocarril. Durante un gran incendio, tan frecuentes en las antiguas aldeas zaristas con sus techados de paja, sus padres perecieron entre las llamas y Praskovia quedó sola entre gentes extrañas.

El Poder soviético trajo una nueva vida al campo. Se despertaron las dormidas fuerzas del pueblo. También se destacó Praskovia Pichúguina. Era una persona bondadosa, magnífica y enérgica trabajadora: sólo entonces la conocieron en el pueblo, y, en cuanto la conocieron, le tomaron cariño. Las mujeres la eligieron como representante suya y Pichúguina se dedicó al trabajo social. Creó una casa-cuna y organizó el trabajo para la liquidación del analfabetismo. Los vecinos cada vez con mayor frecuencia se dirigían a ella en busca de consejo y ayuda. En 1929, Praskovia Nikítichna, con su marido y sus hijos, se trasladó a Moscú y comenzó a trabajar como peón de albañil en la construcción de la gran fábrica de cojinetes de bolas "Sharikopodshípnik". Pronto se familiarizó con el nuevo ambiente y, como todos los obreros y obreras de la U.R.S.S., terminó un cursillo de instrucción técnica, y poco después formó en las filas de las mejores obreras de fábrica. Debido a su bondad, a su iniciativa y su disposición de consagrar todas sus energías y todo su tiempo al trabajo social, Pichúguina se

convirtió en la persona más popular y más querida de toda la fábrica.

Pichúguina fué elegida diputado del Soviet de Moscú; más tarde, presidente del Soviet de Diputados de los Trabajadores del barrio de Taganka de la ciudad de Moscú, barrio que cuenta con 230.000 habitantes. Pichúguina desempeñó perfectamente este cargo y conquistó general aprecio como uno de los mejores dirigentes de los Soviets de barrio de Moscú. En las primeras elecciones para el Soviet Supremo de la U.R.S.S., en 1937, P. N. Pichúguina fué elegida diputado por el barrio de Taganka de la ciudad de Moscú.

En la U.R.S.S. muchas mujeres ocupan altos y responsables cargos en la administración del Estado. Por ejemplo, Chimnás Aslánova es vicepresidente del Soviet Supremo de la U.R.S.S., N. G. Grek es presidente del Soviet Supremo de la R.S.S. de Bielorrusia; la turkmena Karandzháieva es Comisario del Pueblo de Justicia de la R.S.S. de Turkmenia. Estas mujeres salieron de la masa del pueblo, habiendo experimentado toda la dureza de la vida de antes de la Revolución. Nadezhda Grigórievna Grek aún hoy recuerda cómo, a la edad de 10 años, comenzó a trabajar como pastorcilla en la finca de un kulak, y, cómo en una ocasión, cuando se le extravió un cerdo, el enfurecido amo la apaleó hasta dejarla medio muerta.

La activa participación en el trabajo de los Soviets es sólo una de las manifestaciones de la intensa actividad política y social de la mujer en el País Soviético.

Cerca de 10.000.000 de mujeres están afiliadas a los sindicatos, que juegan un enorme papel en la vida política del país. En 1940, actuaban en los sindicatos 650.000 mujeres, habiendo sido elegidas como miembros de los Comités Centrales, de los Comités republicanos y regionales, de los Comités de fábrica y de taller y de los grupos sindicales; 57 mujeres

encabezaban los Comités Centrales de diferentes sindicatos, ocupando los cargos de presidente o secretario responsable de éstos.

Ya antes de la guerra patria del pueblo soviético, más de 100.000 mujeres eran miembros de las juntas directivas y comisiones de cuentas en las sociedades cooperativas de consumo. La organización de koljoses abrió enormes posibilidades para el desarrollo de la actividad política de las mujeres. Decenas de millares de koljosianas son presidentes de koljoses, jefes de brigada y de grupo. Amplias masas de muchachas y mujeres soviéticas están afiliadas a diferentes organizaciones sociales y agrupaciones juveniles, culturales, técnicas, científicas, deportivas, de defensa, etc.

Completamente diferente es el cuadro que vemos en la Alemania fascista: allí la mujer está privada de todo derecho, se halla oprimida, convertida en una "máquina de reproducción". Antes de la llegada de los fascistas al Poder, en el Reichstag alemán había varias mujeres; pero los bárbaros fascistas consideran que la mujer no debe tener ninguna participación en la vida política y social. En el congreso fascista de Nüremberg, Hitler declaró que "la presencia de la mujer en el Reichstag sería una deshonra para éste", y ahora no hay ni una sola mujer diputado en el Reichstag. Durante las llamadas "elecciones" ni siquiera se incluye a las mujeres en las listas de candidatos.

EL TRABAJO LIBRE DE LAS OBRERAS Y KOLJOSIANAS

La base de las conquistas políticas de la mujer soviética y de la general transformación de su vida está cimentada en la incorporación al trabajo de las vastas masas de la población femenina.

"...La obra iniciada por el Poder soviético—decía Lenin—, podrá ser llevada adelante sólo cuan-

do, en lugar de centenares de mujeres en toda Rusia, participen en ella millones y millones de mujeres" (1).

Como resultado del gigantesco desarrollo de la industria en la ciudad y en el campo, en el momento de la p rfida agresión de los fascistas alemanes contra la Unión Soviética, más de 30 millones de mujeres participaban en la edificación del Estado soviético. Este enorme ejército de trabajo estaba formado por cerca de 19 millones de koljosianas y más de 11 millones de obreras y empleadas. En 1939, las mujeres constituían el 40 por ciento de todos los obreros y empleados de la U.R.S.S., el 43 por ciento de los obreros industriales, y en algunas ramas, por ejemplo entre el personal pedagógico y médico, las mujeres formaban la inmensa mayoría.

En la Unión Soviética rige ahora para todos los trabajadores la jornada de 8 horas; en los oficios peligrosos, subterráneos y perjudiciales para la salud, la jornada es sólo de 7 horas. Hasta junio de 1940, la jornada era de 7 y 6 horas respectivamente.

Durante la guerra patria, por iniciativa de los mismos obreros, fué promulgada una ley que permite prolongar la jornada en los talleres y fábricas que trabajan para las necesidades de la defensa, pero no más que en tres horas. Según la ley soviética, por cada hora de trabajo extra, el obrero recibe paga y media.

Anualmente, la mujer soviética goza de un descanso de dos semanas, recibiendo su sueldo. En algunas clases de trabajo, las obreras gozan de un descanso anual de tres a cuatro semanas.

En todos los casos de incapacitación temporal para el trabajo—sea a causa de enfermedad, por accidente o por la necesidad de cuidar a algún miembro de la familia enfermo—, las obreras y em-

(1) *Lenin, Ob. compl., t. XXIV, pág. 472, ed. rusa.*

pleadas reciben un subsidio de la caja del seguro social, cuyo fondo se forma con las aportaciones de las empresas e instituciones. Lo mismo que todos los trabajadores de la U.R.S.S., las obreras gozan de asistencia médica gratuita. Tienen a su disposición una amplia red de clínicas y hospitales, sanatorios para enfermedades generales y especiales, casas de reposo.

En la U.R.S.S. se dispensa a la maternidad toda clase de atenciones y cuidados. Todas las mujeres que trabajan gozan de un permiso obligatorio durante el embarazo y después de dar a luz. Las obreras y empleadas tienen cinco semanas de permiso antes de dar a luz y cuatro semanas después, recibiendo su salario íntegro. Las koljosianas reciben un permiso de cuatro semanas antes y cuatro semanas después de dar a luz, conservando durante estos dos meses la mitad de lo que les corresponde, término medio, por las jornadas de trabajo ganadas y que les paga el koljós. Durante el día las madres tienen intervalos especiales para amamantar a sus hijos (cada tres horas, una media hora).

La ley soviética prohíbe despedir del trabajo a las mujeres en cinta. La administración de la fábrica o institución está obligada a pasarlas a trabajos más fáciles. Está prohibido emplear en trabajo nocturno a las mujeres embarazadas o hacerlas trabajar horas extra.

En la U.R.S.S. también se ha hecho mucho para aliviar el trabajo doméstico de la mujer, para facilitar sus faenas en el hogar. En todo el país existe una amplia red de instituciones que atienden a los niños de pecho y de edad preescolar (casas-cuna, jardines infantiles, comedores infantiles, etc.). De la magnitud alcanzada por este trabajo se puede juzgar por el hecho de que en 1940 fueron atendidos por las casas-cuna e instituciones preescolares más de siete millones de niños hasta la edad de 7 años.

Estas instituciones son de enorme importancia para

el desarrollo político, social y cultural de la mujer: así le queda tiempo libre para participar en la vida social, para el estudio, para el descanso, para el recreo, para la educación de sus hijos.

Según las leyes soviéticas, el trabajo de la mujer se paga con arreglo al principio: "Igual remuneración por igual trabajo", y no son raros los casos en que una obrera, habiendo dominado bien la técnica de su oficio, gana considerablemente más que un hombre que trabaja en el mismo oficio, pero que trabaja peor.

La mujer soviética está tranquila por su presente y su porvenir. Sus derechos están salvaguardados por el artículo 122 de la Constitución de la U.R.S.S. que dice: "En la U.R.S.S., se conceden a la mujer iguales derechos que al hombre, en todos los dominios de la vida económica, pública, cultural, social y política. La posibilidad de ejercer estos derechos está asegurada por la concesión a la mujer de derechos iguales a los del hombre en cuanto al trabajo, al salario, al reposo, a los seguros sociales y a la instrucción; por la protección de los intereses de la madre y del niño por el Estado, por la concesión a la mujer de vacaciones durante la gestación, con disfrute del salario, y por una vasta red de casas de maternidad, casas-cuna y jardines de la infancia".

En estas palabras de la ley soviética queda jurídicamente afianzado lo que la mujer ya había conquistado en la práctica.

En la Rusia zarista, por cada 100 mujeres obreras y empleadas, 80 trabajaban como sirvientas, jornaleras y obreras del campo. Actualmente sólo 8 de cada 100 mujeres trabajan como sirvientas y jornaleras. En la construcción de maquinaria, la rama industrial que exige un trabajo más calificado, en 1939 las mujeres constituían una tercera parte del número total de obreros ocupados en esta industria, mientras que en la Rusia zarista eran sólo el 2 por ciento.

También en el transporte ferroviario la mujer tra-

baja ahora en sectores de importancia. En 1928 únicamente había en todo el país 6 mujeres ayudantes de maquinista y ninguna maquinista. En 1939 ya había más de 4.000 mujeres que conducían perfectamente las locomotoras y cerca de 5.000 más que se preparaban para el oficio de maquinista.

En el transporte mecánico urbano, así como en los servicios de enlace y transmisiones—telégrafo, teléfono, correo, radio—, la mujer ocupa una posición firme en las filas de los trabajadores calificados.

Cualquier obrera en la U.R.S.S., si posee los correspondientes conocimientos y capacidad de organización, puede ser designada para un puesto dirigente en la administración: puede ser jefe de brigada, contramaestre, ingeniero, jefe de una estación ferroviaria, directora de una fábrica, etc.

A los trabajadores de la Unión Soviética los distingue un rasgo admirable: es la nueva actitud hacia el trabajo. No trabajan para un dueño, sino en su propio beneficio y saben que cuanto más productivo sea su trabajo, tanto más desahogada será su vida, tanto más poderosa y rica será su Patria. La conciencia de esto engendra un verdadero heroísmo en el trabajo. De una carga pesada, de trabajo de esclavos, como era en la antigua Rusia, el trabajo en la U.R.S.S. se ha convertido en “una causa *de honor, de gloria, de valentía y heroísmo*” (Stalin). En la emulación socialista, que abarca a muchos millones de trabajadores de la U.R.S.S., a las mujeres les corresponde un puesto de honor.

El movimiento stajanovista, que surgió en el año 1935, dió magníficos resultados. Entre las mujeres obreras y empleadas hay muchas stajanovistas, verdaderas heroínas del trabajo.

La iniciadora del movimiento stajanovista en la industria textil fué la experta tejedora Eudoquia Vinográdova. Ya en 1935 Vinográdova batió el record mundial, atendiendo simultáneamente 216 telares automáticos. Este triunfo cubrió de gloria el nombre

de Eudoquia Vinográdova en la Unión Soviética y la hizo célebre en todo el mundo.

La vida de Eudoquia Vinográdova es un caso simple y típico de la vida de muchas mujeres soviéticas. Ya en su infancia ella soñaba con ser tejedora; le gustaba mucho visitar las fábricas textiles, de las que hay muchas en su ciudad natal: Vychuga. A la edad de 16 años ingresó en la escuela de aprendizaje de una fábrica. Estudiaba con gran aplicación, leía mucha literatura sobre este oficio y logró magníficos resultados. En 1931 terminó sus estudios en la escuela, obtuvo el puesto de tejedora y, ya en la fábrica, la encargaron de atender 16 máquinas. Al cabo de un mes sobrepasó la norma de producción y comenzó a atender mayor número de telares. Trabajaba siempre sin fallas. El "secreto" de su éxito consistía en que había ideado un nuevo y más rápido procedimiento de atar los hilos y distribuyó mejor el conjunto de telares que atendía.

En mayo de 1935, Vinográdova ya atendía 70 telares. Al mismo tiempo que ella, luchaban por la alta productividad del trabajo sus numerosas discípulas que trabajaban en diferentes fábricas. En noviembre de 1935, para la fecha del XVIII aniversario de la Revolución de Octubre, Vinográdova alcanzó un nuevo éxito: ya atendía 144 telares, es decir, había sobrepasado el record americano en un 150 por ciento. Sin darse por satisfecha con esto, Vinográdova pronto pasó a atender 216 telares.

En 1936, siendo ya estudiante en el Instituto de la Industria Textil, Vinográdova volvió a trabajar como tejedora durante mes y medio. Alcanzó un nuevo record mundial: atendía simultáneamente 284 telares automáticos. El Gobierno de la U.R.S.S., apreciando en alto grado los méritos de Vinográdova, la condecoró con la Orden de Lenin. Durante las elecciones para el Soviet Supremo de la U.R.S.S., fué elegida diputado de este órgano supremo del Poder soviético.

Otra mujer que goza de gran popularidad en el

País Soviético es Zinaída Tróitskaia, la primera mujer en el mundo conductora de locomotoras y la primera mujer en el mundo jefe de una línea ferroviaria. Hace relativamente poco tiempo que terminó la escuela de aprendizaje y trabajaba como simple cerrajera. Gracias a su capacidad, inteligencia y energía, pronto pasó a trabajar como maquinista. Por una serie de grandes éxitos alcanzados en el trabajo, el Gobierno de la U.R.S.S. la condecoró con la Orden de Lenin. En 1939, Zinaída Tróitskaia ya era jefe del ferrocarril de circunvalación de Moscú.

Es interesante comparar la vida de Zinaída Tróitskaia con la vida de la primera mujer rusa que trabajó en el transporte ferroviario: O. S. Knushevitskaia. En 1863 fué nombrada cajera de la estación de Viásniki. En 1913 se cumplieron 50 años que prestaba sus servicios en el ferrocarril, y aún seguía en el mismo puesto de cajera.

Muchas mujeres soviéticas alcanzaron éxitos tan notables como los de Eudoquia Vinográdova y Zinaída Tróitskaia.

La tejedora T. Odintsova, la principal "rival" de E. Vinográdova; la mecánica ajustadora S. Fédorova; la obrera constructora del "Metro" T. Fédorova, son conocidas en todo el país. Y así podríamos citar centenares y millares de nombres.

También en la aldea soviética, en la que en el pasado la vida de la mujer era sobre todo dura y difícil, surgió el hombre nuevo.

Con el régimen soviético y la creación de los koljoses, la vida de la mujer campesina cambió radicalmente. Lo mismo que la mujer soviética en las ciudades, la koljosiana goza de todos los derechos políticos, del derecho a igual remuneración por igual trabajo y está protegida por la legislación social.

En 1940, las mujeres realizaron cerca del 40 por ciento de todos los trabajos del campo en los koljoses. La koljosiana ocupó un importante puesto entre los cuadros calificados de la agricultura. En 1940

había en la U.R.S.S. 27.000 mujeres conductoras de tractores y 6.600 mujeres conductoras de segadoras-trilladoras.

Igual que los hombres, las mujeres participan en la dirección de los koljoses. En el mismo año 1940, 40.000 koljosianas trabajaban como directoras de granjas ganaderas y 42.500 como jefes de brigada. Y hay que tener en cuenta que los jefes de brigada y los directores de las granjas son los organizadores inmediatos del trabajo agrícola. Cerca de 15.000 mujeres eran presidentes y vicepresidentes de koljoses y cumplían a la perfección sus complicadas tareas económico-administrativas.

La nueva aldea koljosiana creó sus propias heroínas del trabajo, verdaderas innovadoras en la producción agrícola, conocidas no sólo en la U.R.S.S., sino también más allá de sus fronteras. Tales son María Démchenko, Pasha Anguélina, Pasha Kovardak y muchas otras.

María Démchenko, una simple koljosiana, fué la primera que logró una extraordinaria cosecha de remolacha azucarera, como no se había obtenido nunca hasta entonces en Rusia.

María Démchenko es hija de una familia de campesinos pobres. Durante los primeros años de su infancia, ella supo lo que es la miseria. Pero el Poder soviético acabó con esta miseria. En su aldea se organizó un koljós y María Démchenko, después de terminar unos cursos agrotécnicos, pasa rápidamente a ocupar su puesto entre los mejores koljosianos de choque. En 1934, ella con su grupo logró recolectar 469 quintales de remolacha azucarera por hectárea. El koljós la envía de delegado al Congreso de koljosianos de choque, celebrado en Moscú, como la mejor koljosiana de choque. Ya en el Congreso, se enteró de que había batido el record de la Unión Soviética. Es la heroína del día; la eligen para la presidencia del Congreso, y los dirigentes del Gobierno sencillamente cambian opiniones con ella. En

este Congreso, María Démchenko se comprometió a recolectar con su grupo, en la cosecha del 1935, no menos de 500 quintales por hectárea. Las condiciones meteorológicas del año 1935 fueron extremadamente desfavorables. En la primavera sobrevinieron unas heladas que quemaron la mitad de los brotes; el verano fué extraordinariamente seco: durante 106 días no cayó ni una gota de lluvia; nubes de lepidópteros volaban sobre los campos y destruían las plantas. Pero todas estas dificultades no quebrantaron la tenacidad de las jóvenes koljosianas. La constancia y porfía en el trabajo, el conocimiento de la agrotécnica, la firmeza de ánimo y la habilidad vencieron todas las dificultades. El 23 de septiembre de 1935, María Démchenko informó a J. V. Stalin que había cumplido su promesa: ¡su grupo recolectó 523,7 quintales de remolacha por hectárea!

María Démchenko logró difundir ampliamente su experiencia, sus procedimientos de trabajo, propagándolos incansablemente. Algunas de las discípulas de Démchenko muy pronto sobrepasaron a su maestra. Siguiendo a las koljosianas que lograron recolectar 500 quintales de remolacha por hectárea, aparecieron koljosianas que recolectaban 800 y 1.000 quintales por hectárea. En 1939, la koljosiana S. Ketishvili, de Georgia, logró recoger 1.200 quintales de remolacha azucarera por cada hectárea. La kirguisa Tesikbáieva recoge anualmente de 1.100 a 1.200 quintales por hectárea. Desde el 1939, la camarada Tesikbáieva es miembro del Instituto para el cultivo de remolacha de la U.R.S.S.

En su lucha por una elevada cosecha, todas estas koljosianas no sólo se basan en sus grandes experiencias en el trabajo y en su iniciativa, sino también en las últimas conquistas de la agronomía, introduciendo en ésta sus modificaciones. El profesor de agronomía Karpenko, antes de publicar su obra sobre el cultivo de la remolacha, la entregó para su discusión a las koljosianas que habían batido el record

en la recolección de remolacha; aceptando luego una serie de modificaciones y enmiendas propuestas por ellas.

Las koljosianas soviéticas dan cada vez nuevas recordistas en su lucha por una elevada cosecha. B. Baguírova y A. Alieva de Azerbaidzhán recogen de 151 a 155 quintales de algodón por hectárea, sobrepasando en mucho a todos los records mundiales. En la parte noreste de la región de Novosibirsk, que es poco fértil, la koljosiana A. Kartávaia recoge 907 quintales de patatas por hectárea de terreno; en el distrito de Mariínsk, de la misma región, la koljosiana A. Iúzhkina recoge 1.217 quintales. En el territorio del Altai, el grupo de A. Serguéieva recolectó 101 quintales de trigo de primavera por hectárea: una cosecha inusitada en todo el mundo. Podríamos citar infinidad de tales ejemplos. Además, el número de koljosianas que recogen cosechas varias veces mayores que la cosecha media aumenta de año en año y ya son millares en cada región de la U.R.S.S.

Estos éxitos, que colocaron a la mujer koljosiana a igual altura que el hombre, no los consiguieron con facilidad. Tanto María Démchenko como otras muchas mujeres de vanguardia en la aldea soviética, tuvieron que vencer la desconfianza y las burlas, y, a veces, hasta la hostil oposición por parte de las capas más atrasadas entre los campesinos y de los enemigos directos del Poder soviético. Cuando Pasha Anguélina anunció que se marchaba a estudiar a la escuela de tractoristas, sus vecinos se rieron de ella. Pero Pasha no se desanimó por esto; terminó la escuela y comenzó a trabajar de tractorista. Un año más tarde, organizó toda una brigada de muchachas tractoristas: la primera en toda la Unión Soviética. Muy pronto la brigada de Anguélina comenzó a cumplir y rebasar sus normas, y conquistó el primer puesto en el concurso de tractoristas de toda Ucrania.

Cada año Anguélina aumentaba el rendimiento de

su brigada, habiendo llegado en el 1938 a roturar 1.302 hectáreas por tractor.

El ejemplo de mujeres como Démchenko, Anguélina y otras entusiasmó y atrajo a muchas koljosiánas. No hay ni una sola rama de la agricultura que no se haya incorporado al potente movimiento stajanovista que abarcó a todo el país. Cada año surgen nuevas y nuevas heroínas del trabajo. Por ejemplo, la ordeñadora Melnichuk obtuvo durante un año 12.339 litros de leche de cada vaca, y U. Barková, 16.262 litros. La jefe de una brigada de tractoristas, V. Bajóldina, organizando el trabajo ininterrumpido, por turnos, logró un rendimiento anual de 5.014 hectáreas (calculado como trabajo de roturación) por cada tractor-oruga, y 2.100 hectáreas por cada tractor de ruedas, habiendo economizado además 24 toneladas de combustible.

El Gobierno distingue a estas mujeres innovadoras con las más altas condecoraciones de la Unión y el pueblo las elige para los cargos de gobierno. P. Anguélina, M. Démchenko, A. Aléeva, A. Kartávaia y muchas otras han sido elegidas como diputados al Soviet Supremo de la U.R.S.S.

DESARROLLO CULTURAL DE LA MUJER EN LA U.R.S.S.

La Patria no sólo concedió a la mujer soviética completos derechos políticos, sociales y civiles, sino que también abrió ante ella el camino del trabajo libre y creador, puso a su alcance todos los bienes de la cultura y del saber, inaccesibles antes para ella. En la antigua Rusia zarista, por cada 100 habitantes 73 no sabían ni leer ni escribir. Las campesinas y obreras eran analfabetas casi en su totalidad. El Poder soviético, ya desde los primeros años de su existencia, desarrolló una decidida lucha contra esta horrible ignorancia del pueblo.

¡Hoy, gracias a la enorme labor cultural desarrollada por el Gobierno soviético, la U.R.S.S. se ha ido transformando en un país de amplia instrucción. En 1938-1939, el número de estudiantes—contando niños y adultos—, en todas las ramas de la enseñanza llegaba a 47.500.000 personas.

En esta general campaña por el saber, las mujeres del País Soviético se encuentran en las primeras filas. La ansiedad que por el estudio sienten las masas trabajadoras ha sido magníficamente expresada por las koljosianas del distrito de Geórguievsk, en su carta a Stálin en 1933:

“Al tomar en nuestras manos la administración de la vida y de la economía social, sentimos que la instrucción no es para nosotras un lujo, sino una necesidad suprema, como el agua para el sediento”.

Lo mismo que estas koljosianas, millones de mujeres trabajadoras de la U.R.S.S. estudian con placer y tenacidad. El analfabetismo de la mujer ha quedado relegado al pasado, junto con la falta de derechos y la humillación.

Pero sólo el saber leer y escribir ya no satisface a las mujeres soviéticas; ellas continúan sus estudios en diferentes escuelas, en cursos para adultos, en universidades e institutos.

Gran número de obreras y koljosianas asisten a cursillos técnicos relacionados con su profesión, lo que les permite elevar su calificación. En un plazo de cinco años—desde 1936 hasta 1940—más de cinco millones de mujeres terminaron diversos cursos y escuelas profesionales e industriales.

El desarrollo cultural de la mujer soviética se refleja igualmente en el aumento de sus demandas. La cultura, en sus más diversas manifestaciones, ha penetrado sólidamente en su vida diaria.

Antes de la Revolución de Octubre, la aplastante mayoría de los obreros y obreras se albergaban en viviendas colectivas, húmedas, oscuras e inmundas, en estrechas barracas, incluso en cuevas. Los cam-

pesinos vivían en pobrísimas y semiderruídas isbas, techadas de paja y en las que muchas veces se encerraba también el ganado. Completamente distinta es hoy la vida de los trabajadores. Los obreros viven en casas nuevas, recientemente edificadas, espaciosas y llenas de luz, con todo el confort moderno. Tampoco va a la zaga de la ciudad la aldea koljosiana: las casas de los koljosianos son amplias, los patios están limpios, cada casa tiene su jardín y huerta.

Magníficamente está organizado en la U.R.S.S. el servicio sanitario. No existe rincón del país, por alejado que esté, donde los habitantes no reciban gratuitamente la asistencia médica necesaria. Por todo el país han sido construídos decenas de miles de consultorios, policlínicas, hospitales, dispensarios, casas de maternidad, etc.

En la Rusia zarista, el deporte era una distracción de un círculo muy estrecho de jóvenes adinerados. Hoy, la lucha por la cultura física se ha transformado en un verdadero movimiento de masas. Y en este enorme ejército de atletas soviéticos, las mujeres forman casi una tercera parte.

Ha desaparecido el enorme abismo que existía en otros tiempos entre la ciudad y el campo. La radio ha ligado los rincones más alejados del país con todo el mundo. Periódicos, libros, revistas, teatros y cines son no sólo patrimonio de la ciudad, sino también de la aldea, no sólo de la obrera, sino también de la koljosiana.

Las obreras y koljosianas no se limitan a leer los periódicos, sino que envían a ellos sus propias correspondencias, describiendo la vida de sus koljoses y fábricas, poniendo al descubierto y criticando los defectos de su administración y de su vida cotidiana. La mujer soviética, asimismo, escribe en la prensa sobre cuestiones políticas y económicas. Basta señalar que durante la discusión llevada a cabo por todo el pueblo del proyecto de ley sobre la prohibición del aborto, sólo el periódico "Pravda" recibió de sus lec-

toras más de nueve mil cartas, muchas de las cuales fueron publicadas.

La nueva vida dió a la mujer del País Soviético la posibilidad de gozar de los frutos del arte: teatro, cine, música, literatura, museos. En 1938, cada obrera joven había asistido, por término medio, no menos de cuatro veces al mes al teatro, cine, a algún club o museo. Por cada 100 jóvenes koljosianas, en la edad de 16 a 25 años, 94 asisten con regularidad al cine y 72 al teatro, a los conciertos y al circo. ¿En qué aldea de Rusia había antes de la Revolución de Octubre club, cine o teatro?

Grandiosos son los éxitos alcanzados por la mujer soviética en el terreno de la instrucción superior. En la Rusia de antes de la Revolución, la mujer sólo tenía acceso a un círculo muy limitado de profesiones y a muy pocos establecimientos de enseñanza superior, y hay que tener en cuenta, además, que en la mayoría de los casos se trataba de mujeres pertenecientes a las capas privilegiadas y acaudaladas. El Poder soviético abrió ante las mujeres trabajadoras las puertas de todos los establecimientos de enseñanza superior y les aseguró la preparación necesaria para el ingreso en éstos.

El número de estudiantas en las escuelas superiores crece de día en día y en 1940, alcanza la elevada cifra de 384.000. Esta cifra es 13 veces mayor al número de mujeres que estudiaban en las escuelas superiores de la Rusia zarista y muy superior al número de muchachas que estudian en todos los países de Europa juntos.

En la U.R.S.S. han sido creados cuadros de muchos millones de mujeres de las más diversas especialidades: un enorme ejército de la intelectualidad femenina.

A fines del siglo XIX, en Rusia, había en total 7.000 mujeres con instrucción superior. Sólo durante los últimos 13 años (1928-1940), en la U.R.S.S. terminaron sus estudios en la escuela superior 354.000

mujeres. A comienzos de 1939, había 6.000.000 de mujeres con instrucción media.

La mujer ha conquistado un sólido puesto absolutamente en todas las profesiones intelectuales.

Más de millón y medio de mujeres trabajan en la enseñanza, en la ciencia, en el arte y en la prensa.

Las maestras forman la aplastante mayoría entre el profesorado, no sólo en las escuelas primarias, sino también en las escuelas medias. Muchísimas mujeres ocupan cátedras en las escuelas superiores.

La maestra soviética no sólo se ocupa de la enseñanza de los niños, sino que forma ciudadanos soviéticos, patriotas ardientes de su país, personas honradas, inteligentes y audaces.

Entre las maestras de la U.R.S.S. se encuentran muchas verdaderas heroínas del trabajo. En el acto celebrado en Moscú con motivo de los 50 años de servicios en la escuela de la maestra nacional A. M. Rúdnieva, junto con los pequeñuelos asistieron personas ya de edad avanzada. Los viejos obreros felicitaron emocionados a la homenajeadá, y contaron cómo les había instruído a ellos y a sus hijos y que ahora instruíá a sus nietos.

El núcleo fundamental del numeroso ejército que trabaja en el terreno de la Sanidad Pública, está formado por mujeres: su número se eleva a un millón doscientas mil. En los hospitales, policlínicas, casas de socorro, dispensarios en las empresas, en las casas de maternidad, en los sanatorios y balnearios, la mayoría del personal médico son mujeres. A fines de 1939, en la U.R.S.S. había 72.600 mujeres médicas, es decir, el 60 por ciento del total. En la Rusia zarista, el número de médicos era inferior, 20.000, mientras que mujeres médicas había sólo 1.900, es decir, 38 veces menos que ahora.

El mayor instituto traumatológico del país—el Instituto Sklifasóvski de Moscú—está dirigido por una mujer, la doctora en Medicina Valentina Gori-névskaja, uno de los mejores cirujanos soviéticos.

Ella ha puesto al servicio de la Patria todo su arte y sus conocimientos. Durante la campaña de Finlandia, en 1939-1940, fué una de las primeras en dirigirse al frente. Las operaciones más complicadas y de mayor riesgo fueron realizadas por ella personalmente, tratando por todos los medios de salvar la vida del combatiente. Muchos heridos, que se consideraban ya sin salvación, fueron vueltos a la vida por ella.

También goza de gran fama en la Unión Soviética la doctora en ciencias médicas M. M. Pokróvskaia, que trabaja en la estación provincial de Vorochilovsk en la lucha contra la peste bubónica. Después de haber descubierto una forma especial, no patógena, del bacilo de la peste bubónica, Pokróvskaia experimentó sobre sí misma el descubrimiento hecho por ella: sin ningún temor se inoculó el cultivo vivo de estos bacilos. Su audaz experimento abrió nuevos caminos a la lucha contra esta enfermedad mortal. Hoy, M. M. Pokróvskaia hace los ensayos para obtener un suero contra la peste bubónica.

En la Rusia zarista, el acceso a la ciencia era completamente imposible para la mujer. Y si, a pesar de todo, algunas mujeres de talento lograban abrirse camino hacia la ciencia, se veían obligadas a abandonar su país natal, para poder dedicarse al estudio de su materia predilecta, como, por ejemplo, la célebre matemática Sofía Kovalévskaja. En la U.R.S.S., la mujer se ha transformado en una gran fuerza en la ciencia. De sí misma, de sus capacidades y conocimientos dependen sus éxitos en el terreno científico. En los Institutos de investigaciones científicas, donde se concentran los mejores cuadros científicos del país, a comienzos de 1941 trabajaban 33.000 colaboradoras científicas, es decir, más de la tercera parte del número total de investigadores científicos. Sólo en 1940, más de 600 mujeres recibieron altos títulos y diplomas de doctoras en ciencias, doctoras en medicina, investigadoras científicas superiores, etc.

Muchas mujeres de ciencia soviéticas gozan de fama mundial, por ejemplo: la fisióloga L. S. Stern, miembro de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., la historiadora A. M. Pankrátova, miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S.

La profesión de ingeniero o perito era para la mujer rusa una materia completamente nueva, pero también en este terreno las mujeres soviéticas lograron notables éxitos en un plazo sumamente breve. Sólo en la gran industria había ya en 1940 más de 170.000 mujeres ingenieros y peritos, mientras que en la Rusia de antes de la Revolución la cifra no pasaba de 200 a 300 personas. Por cada cinco ingenieros o peritos en la U.R.S.S., hay una mujer. En algunas ramas industriales, por ejemplo, en la industria química, el porcentaje de mujeres ingenieros es considerablemente mayor: aquí constituyen la tercera parte del número total de ingenieros.

En cada empresa de la Unión Soviética pueden encontrarse mujeres ingenieros y peritos que desempeñan de un modo ejemplar su trabajo y que aún hace poco tiempo eran obreras poco calificadas e incluso obreras auxiliares. Se puede citar como uno de estos numerosos ejemplos a la ingeniera Jlopótúnova. Cuando se estaba construyendo la fábrica de tractores de Stalingrado, trabajaba como peón de albañil: cargaba ladrillos, sacaba la tierra, etc. Luego pasó a trabajar en el montaje de la fábrica y al mismo tiempo comenzó a estudiar en unos cursillos técnicos. Una vez puesta en marcha la fábrica, Jlopótúnova comenzó a trabajar de tornera y ajustadora. Poco después, como buena conocedora de su oficio, fué ascendida a jefe del taller de montaje. Al terminar sus estudios técnicos, continuó estudiando en el Instituto de Metalurgia, y terminó recibiendo el título de ingeniero.

No es raro encontrar en la U.R.S.S. a mujeres directoras de grandes empresas.

Hay una serie de casos en que las mujeres se encuentran a la cabeza de ramas enteras de la industria. Así, por ejemplo, Liubov Gavrilovna Evséieva, que antes era una simple obrera, hoy está al frente de la Dirección Central de la Industria de la Seda.

La mujer soviética también ocupa un destacado puesto en el arte. En los concursos internacionales para violinistas y pianistas, las artistas soviéticas alcanzaron los primeros puestos. Los nombres de Lisa Guilels, Rosa Tamárkina, Marina Kozolúpova, Nina Emeliánova, Tatiana Goldfarb son conocidos por todo el mundo musical de Europa.

Entre los laureados con el Premio Stalin, que anualmente se adjudica en la U.R.S.S. por los más destacados éxitos en el terreno de la ciencia, la literatura y el arte, se encuentran no pocas mujeres, por ejemplo: las artistas Bársova y Tarásova, la ingeniera Posnánskaia y otras.

“Yo vivo al unísono con mi pueblo—dice la famosa cantante Valeria Bársova, diputado del Soviet Supremo—, y le consagro lo mejor que poseo: mi arte, tomando de él lo mejor que éste tiene: el entusiasmo creador, con el que forja su nueva y magnífica vida. A esto y sólo a esto debo todo lo que he logrado”.

En estas palabras resuena la voz de todas las mujeres de la intelectualidad soviética.

LA FAMILIA Y LA MATERNIDAD EN LA U.R.S.S.

En la Rusia zarista, la mujer estaba privada de todo derecho y se hallaba oprimida tanto en la familia como en la sociedad. “Mientras la mujer no se había casado aún, la consideraban, por decirlo así, como a una bestia de carga. Trabajaba para el padre, trabajaba sin descanso, y, no obstante, el padre siempre la reprochaba; “Yo soy quien te da

de comer". Cuando se casaba, trabajaba para el marido, y trabajaba cuanto éste le imponía, y, sin embargo, el marido le volvía a reprochar: "Yo soy quien te da de comer", así es como caracterizó Stalin la situación de la mujer campesina en el seno de la familia en el pasado.

El Poder soviético destruyó hasta los cimientos esa brutal violencia ejercida sobre la mujer.

En la U.R.S.S. se ha creado un régimen completamente nuevo de relaciones familiares, purificado de la secular escoria, de la mentira, del engaño y del interés material. La familia soviética está basada en el amor y en una profunda comprensión mutua, en la plena igualdad entre el marido y la mujer.

En los tiempos antiguos, el marido era siempre considerado como el jefe de la familia. El hombre soviético es completamente ajeno a este concepto. Ambos cónyuges gozan de plena libertad en la elección de su trabajo y profesión. En la U.R.S.S. no existe en absoluto el terreno apropiado para matrimonios por interés. Los bienes pertenecientes a los consortes, antes de efectuarse el matrimonio, son, según las leyes vigentes, propiedad particular de cada cónyuge, es decir que en caso de divorcio se devuelven a sus respectivos dueños.

El matrimonio en la U.R.S.S. está basado en los principios de la completa voluntariedad y se formaliza por medio del registro civil. El casamiento por la Iglesia es considerado como asunto privado de los contrayentes. Para registrar un matrimonio se necesita únicamente la conformidad de ambas partes. Los jóvenes de ambos sexos que hayan alcanzado la mayoría de edad son dueños de su destino y nadie puede impedir que una muchacha se case con la persona elegida.

En los casos en que, por algún motivo, el matrimonio no resulta feliz, la ley soviética permite el divorcio. En la práctica del divorcio no se admite

en absoluto el inmiscuirse en los asuntos privados del marido y la mujer.

Los adversarios de la nueva vida predecían que un cambio en las antiguas relaciones familiares conduciría inevitablemente al quebrantamiento y a la destrucción de la familia y estimularía el libertinaje, pero se equivocaron de medio a medio. Es cierto que el Poder soviético anuló las antiguas leyes sobre la familia y el matrimonio, leyes que socavaban y descomponían interiormente la familia y condenaban a la mujer a ser una eterna esclava. Pero como resultado de estas medidas se consolidaron más las relaciones familiares. La U.R.S.S. creó una familia nueva, fuerte y amigable, una familia a base de la igualdad, como antes no existía.

La moral soviética es rigurosa y pura. Al basar la vida matrimonial sobre los principios de la completa igualdad de derechos y del libre albedrío, el Estado soviético no admite un actitud ligera con respecto al matrimonio. He aquí el motivo por qué en la U.R.S.S. se lucha tan decididamente contra los enlaces matrimoniales de breve duración, como contra un hecho anormal, que desvirtúa el objetivo fundamental del matrimonio: la creación de una familia sólida y unida.

Hace varios años, el periódico "Komsomól'skaia Pravda" abrió en sus páginas una discusión pública de los problemas del matrimonio y de la familia. Las cartas de los jóvenes soviéticos—mujeres y hombres—son las que mejor podrán explicarnos en qué reside la firmeza y solidez de la familia soviética.

"No puedo comprender a las personas que no sienten apego por la vida familiar. Cada uno responde por su familia ante toda la sociedad. Yo amo a mi esposa, adoro a mi pequeñuelo; alegre regreso a casa, después del trabajo y siempre encuentro tiempo para dedicarlo a mi familia.

Una profunda amistad, aprecio mutuo y cariño:

he aquí lo que, a mi parecer, constituye la base fundamental para una vida feliz", escribe el estudiante P. A., joven comunista.

Aquí tenéis otra carta, la de la estudiante Olga Lukashévich:

"Estoy terminando mis estudios en el Instituto de Metales no Ferruginosos. Mi marido es mecánico. Cuando nació nuestra hija, tuve que tomar vacaciones en el Instituto. Difícil, muy difícil era para mí atender yo sola a la criatura y la casa. Pero mi marido me ayudaba haciendo todo cuanto podía.

Cuando nuestra hijita había crecido un poco, la llevamos a una casa-cuna. Lo más difícil había quedado atrás.

Ahora, volviendo la mirada hacia el pasado, ambos sonreímos al recordarlo. Sonreímos de contento por no habernos "acobardado ante las dificultades", porque ahora vivimos bien y felices, porque nuestra criatura crece sana y robusta.

Mi marido y yo somos los mejores amigos. Apenas yo acabe los estudios y empiece a trabajar, él ingresará en el Instituto. Y cuán grande es mi deseo de poder darle cuanto antes esta posibilidad".

En estas cartas está reflejado el perfil de la familia soviética, fuente de alegría, de energía espiritual y de una gran fuerza vital.

Solícitas y severas son las leyes soviéticas que protegen los derechos de la madre y los intereses del niño. Asegurar a cada mujer una maternidad feliz: esta es una de las más importantes tareas sociales; y las leyes soviéticas sobre la familia están de hecho subordinadas a esta tarea.

En la U.R.S.S., la crianza de los hijos corre a cargo de ambos padres y en igual medida. Pero en caso de disolverse el matrimonio, en caso de abandono de la familia por uno de los cónyuges, el Estado soviético le obliga a participar en la manu-

tención de los hijos hasta la edad de 18 años, mediante el pago de una cuarta parte de su salario, si se trata de una criatura; de una tercera parte, si son dos los niños a mantener y, tratándose de tres o más niños, la mitad del salario; esto se llama pagar por "alimentos". Los padres que rehusan el pago de alimentos son castigados severamente por la ley, incluso con la privación de la libertad por un plazo hasta de dos años.

El número de divorcios va disminuyendo de año en año, a pesar de existir plena libertad de divorcio. En cambio, el número de matrimonios en la U.R.S.S. aumenta de año en año. Por ejemplo: durante los diez primeros meses de 1938 se efectuaron 100.000 enlaces matrimoniales más que durante esos mismos diez meses en 1937. Esto testimonia el fortalecimiento de las nuevas relaciones familiares en la U.R.S.S.

Completamente distintos, diametralmente opuestos son los principios sobre los que se basa la vida matrimonial y de la familia en los países fascistas. Allí, la mujer es ante todo una esclava sumisa de su marido, una máquina de hacer hijos, que produce carne de cañón. En la Alemania fascista, la familia es para la mujer una cárcel, lo mismo que la fábrica en la que trabaja. Los bárbaros fascistas sacaron de entre los trastos viejos y el polvo del remoto pasado una fórmula que rebaja y ofende la dignidad de la mujer, la fórmula de las cuatro K, según la cual el ideal de su vida debe ser: Küche, Kirche, Kinder, Kleider [cocina, iglesia, hijos, vestidos]. Los gobernantes fascistas la han erigido en canon, privando a la mujer de todo derecho humano.

En la U.R.S.S., la mujer-madre, la mujer-educadora de sus hijos, está rodeada de toda clase de atenciones y cuidados por parte de todo el pueblo soviético. Al servicio de las madres se encuentra una enorme red de instituciones: consultorios, casas-cuna, jardines infantiles, comedores, etc.

La organización y el sostenimiento de las casas-cuna, para niños desde 6 semanas hasta 3 años, y de los establecimientos preescolares, para niños de 3 a 7 años, son considerados en la U.R.S.S. como un asunto estatal de gran importancia, lo que, precisamente, ha asegurado su incremento.

En 1940, las casas-cuna de tipo permanente, es decir, que funcionan todo el año, tenían 890.000 plazas, mientras que en 1913 había sólo 550. Pero, además de ello, en los koljoses y sovjoses ha sido creada una gigantesca red de casas-cuna temporales que funcionan en épocas de las labores agrícolas. En 1941, estas casas-cuna atendían a 3.857.000 niños.

Enorme desarrollo ha adquirido en la U.R.S.S. la red de establecimientos de educación preescolar. En la Rusia zarista, no se hacía casi nada en este terreno, mientras que en 1940, la U.R.S.S. contaba con más de 54.000 instituciones preescolares—jardines y plazas infantiles—, en donde vivían y se educaban cerca de 2.300.000 niños.

Los padres pagan una cuarta o una tercera parte de lo que de hecho cuesta la manutención del niño en el jardín infantil; el resto es asignado por el Estado.

La mujer que trabaja, puede hacerlo con tranquilidad, dejando a su niño en la casa-cuna o en el jardín infantil.

Las formas sociales de educación no sólo no rebajan el papel educativo de la madre, sino que, por el contrario, crean las condiciones más favorables para la educación de los hijos en el seno del hogar, al mismo tiempo que libran a la mujer de las pequeñas preocupaciones domésticas. No menos importante es la organización de los comedores colectivos, lo que libra a la mujer del trabajo improductivo en la cocina.

Un aspecto muy importante de la ayuda prestada por el Estado a la madre en la crianza de los hijos,

son los subsidios que se conceden en la U.R.S.S. a las madres de familia numerosa. Antes de la instauración del Poder soviético, la familia numerosa era una pesada carga, una maldición para los pobres. Pero ahora el Estado ayuda a las madres que tienen muchos hijos. Los que tienen seis hijos, al nacer el séptimo, octavo y noveno hijo, reciben un subsidio del Estado durante los primeros cinco años de vida, de dos mil rublos anuales por cada niño. Por cada hijo más, la madre recibe de una vez cinco mil rublos, y, a partir del segundo hasta el quinto año de crecimiento del niño, tres mil rublos anuales.

La koljosiana Kroshenko dice: "Tengo ocho hijos, pero desde que soy miembro del koljós, no conozco lo que son las privaciones. Como madre de familia numerosa, hace poco que he recibido del Gobierno un subsidio de cuatro mil rublos para la educación de mis tres hijos y cinco hijas. Me he convertido en una mujer célebre en todo nuestro distrito".

Madres de familia numerosa como ésta hay muchísimas en la U.R.S.S. y su número crece constantemente. De testimonio elocuente pueden servir las enormes sumas que el Estado paga anualmente como subsidio a las madres de familia numerosa. En 1938 se pagaron 922 millones de rublos; en 1940, 1.225 millones de rublos. Durante el período de 1936 a 1940, el Estado pagó 4.410 millones de rublos a las familias numerosas.

Las madres soviéticas no sólo reciben ayuda material, sino que se les proporcionan los conocimientos pedagógicos necesarios, en las así llamadas Universidades de padres de familia.

Una de estas universidades—la de la ciudad de Gorki—, ha organizado la salida de sus instructores a las aldeas, donde éstos dan conferencias a los koljosianos y koljosianas sobre cuestiones pedagógicas, sobre la educación de los niños, etc. Esta labor tiene

un carácter tan serio, que, en 1941, la Universidad de padres de familia de la ciudad de Gorki fué invitada a participar en la Exposición Agrícola de la U.R.S.S., organizada en Moscú, en la que encontraron su expresión todos los aspectos fundamentales de la nueva vida koljosiana.

Inmensos son los esfuerzos que prodiga el País Soviético al cuidado de la salud de la madre y el niño.

Complemento natural de las leyes soviéticas de protección al trabajo de la mujer y de la maternidad es la organización de la asistencia médica y sanitaria y la ayuda a las parturientas. En 1940, en las casas de maternidad de la U.R.S.S. había 145.000 plazas, 21 veces más que en la Rusia zarista. Estas casas de maternidad disponen de todas las instalaciones necesarias y existen incluso en los rincones más apartados del país.

Contrasta con este verdadero triunfo del humanismo la feroz barbarie y el oscurantismo del "principio" fascista, según el cual no se debe prestar ninguna ayuda médica a la mujer durante el parto, ya que esto, según dicen, favorece el que queden con vida los niños débiles, lo que impide el fortalecimiento de la raza.

En el año 1940 y a cargo del seguro social, 830.000 mujeres pasaron sus vacaciones en casas de reposo o recibieron tratamiento médico en sanatorios y balnearios. Cerca de 40.000 mujeres embarazadas o lactantes fueron atendidas en las casas de reposo instaladas para este fin por los sindicatos.

Además de ello, muchos centenares de miles de mujeres trabajadoras gozan anualmente de un permiso de curación y de reposo gratuito. Los sanatorios y casas de reposo de la U.R.S.S. se han transformado en un auténtico patrimonio del pueblo.

El cuidado por la salud de la mujer y por el fortalecimiento de la familia ha sido el motivo por

el que se ha dictado la ley vigente en la U.R.S.S. sobre la prohibición del aborto. Las mujeres de la Unión Soviética tienen aseguradas todas las condiciones para una maternidad feliz. No tienen por qué temer el aumento de la familia. Saben que tanto ellas como sus hijos tienen asegurada la ayuda del Estado.

Como resultado de las medidas adoptadas por el Estado soviético para la protección y el fortalecimiento de la salud de las masas del pueblo y, en particular, de las mujeres, han disminuído en gran escala las enfermedades y la mortalidad en la U.R.S.S.

Sobre todo ha disminuído en la U.R.S.S. la mortalidad infantil. La natalidad, en cambio, es muy elevada y tiende hacia un continuo aumento. En 1937, hubo un 20 por ciento más de nacimientos, que en 1936.

LAS MUJERES DEL ORIENTE EN LA LUCHA POR UNA VIDA NUEVA

Amarga era la situación de la mujer rusa antes de la Revolución de Octubre, pero más infortunadas y oprimidas estaban aún las mujeres de las nacionalidades esclavizadas por el zarismo. Particularmente dura era la vida de la mujer en el Asia Central y el Cáucaso.

Allí se consideraba a la mujer como propiedad privada del hombre, como una esclava muda, condenada al encierro y a la eterna sumisión, a las faenas caseras agotadoras y embrutecedoras. Le estaba prohibido presentarse en lugares públicos y salir a la calle con la cara descubierta. A nadie veía, nada conocía, excepto la casa de su marido y en esa casa tampoco tenía derechos algunos. "Malo es el perro que ladra, mala es la mujer que ríe", esta bárbara moraleja refleja todo el horror de una vida de encierro.

La Gran Revolución de Octubre de 1917 hizo desaparecer aquel ignominioso sistema de esclavización de la mujer en el Oriente y la condujo por un camino nuevo a una vida de libertad. Millones de mujeres uzbekas, tadzhikas, turkmenas, kirguisas, tiurcas recibieron la libertad y se incorporaron a la edificación de su grandiosa Patria.

La destrucción del régimen de vida antiguo, del régimen de esclavitud, exigió enormes esfuerzos de parte del joven Estado soviético. Las tradiciones esclavistas imprimieron también su sello en la mentalidad de la propia mujer oriental, que aceptaba con resignación su amargo sino y ni siquiera intentaba rebelarse contra aquellas monstruosas formas de vida. Pero el Poder soviético despertó en ella la dignidad humana, le ayudó a incorporarse al trabajo productivo, a la vida política, social y cultural. En el momento presente, las mujeres del Oriente soviético marchan en primera fila en las labores agrícolas, en el trabajo koljosiano, y se han afirmado sólidamente en todas las ramas de la industria.

En un plazo brevísimo—en total, un cuarto de siglo—, las mujeres del Oriente soviético no sólo se han adaptado por completo a la vida nueva como ciudadanas soviéticas libres e iguales en derechos, sino que aprendieron a manejar las máquinas, los tractores, a trabajar en las instituciones, escuelas, en los laboratorios científicos, hospitales, etc. no peor que los hombres. De entre sus filas han surgido verdaderos maestros, que abrieron nuevos caminos en la producción. Entre ellas hay presidentas de koljoses, encargadas de granjas, directoras de sovjoses, jefes de taller, directoras de fábricas. Muchas de ellas han establecido records mundiales en una serie de ramas de la agricultura y de la industria. Tomemos, por ejemplo, la célebre cultivadora de algodón, la azerbaijdzhana Basti Baguírova. Antes de la Revolución de Octubre la vida de Baguírova en nada

se diferenciaba de la de centenares de miles de otras mujeres azerbaijanas: una vida de encierro, la "chadrá" [velo], sumisión de esclava al marido, analfabetismo y completo desconocimiento de la vida. El Poder soviético abrió ante ella un nuevo rumbo. En 1931, después de ingresar en uno de los primeros koljoses, Baguírova no sólo alcanzó una elevada productividad en el trabajo, sino que aprendió a la perfección todos los métodos de la técnica moderna en el cultivo del algodón. Al aplicarlos consecuentemente y tenazmente sobre su sector, Basti Baguírova obtuvo una cosecha de algodón como jamás se había visto en el mundo: 142,9 quintales por hectárea. Ahora goza de gran popularidad en toda la Unión Soviética. En 1937, el pueblo azerbaijano la envió como diputado suyo al Soviet Supremo de la U.R.S.S.

Estos éxitos no serían posibles sin el enorme desarrollo cultural alcanzado por las mujeres de las Repúblicas soviéticas nacionales. No hace mucho, en 1926, por cada 1.000 mujeres tadzhikas sólo 5 sabían leer y escribir; y por cada 1.000 turkmenas, sólo una. Pero hoy, la mayoría de las mujeres del Oriente soviético ya saben leer y escribir. Es más: en todas las Repúblicas del Oriente soviético se han formado numerosos cuadros propios de la intelectualidad femenina: maestras, médicas, agrónomas, ingenieras, investigadoras científicas, artistas, pintoras. Gracias a los notables éxitos logrados en su labor, la celebridad de muchas de ellas ha trascendido de los límites de sus Repúblicas. La azerbaijana Kemar Ragúimova, que en otro tiempo conoció todos los horrores de la vida de esclavitud, es hoy uno de los mejores ingenieros de los yacimientos petrolíferos de Bakú.

"En otros tiempos la gente creía en los milagros —dijo en una reunión Kemar—, pero verdaderos milagros son los que realiza el Poder soviético. Si alguna vez se me hubiera ocurrido decirle a alguien

que pensaba ser ingeniera, sencillamente me hubiesen encerrado en un manicomio. Y ahora soy ingeniera”.

Pero lo más notable en el progreso cultural de la mujer de estos pueblos—para la cual antes estaba completamente vedado el acceso a la cultura y al saber—no es sólo la asimilación de los conocimientos, sino asimismo el movimiento creador para el adelanto de la ciencia.

He aquí el relato sencillo de una de esas mujeres, de la ziriana María Vórsina:

“Recuerdo como siendo aún una muchacha de dieciséis años, partí de mi pueblo natal Ust-Bimi. Llevaba un vestido de lienzo gris crudo, hilado y tejido por las manos de mi madre. Mi rostro, sin duda, debía estar bastante alterado cuando llegué a la Universidad de Perm para rendir mis exámenes de ingreso, ya que jamás había estado en una ciudad. Durante mis estudios en la Universidad y después, cuando al terminar me enviaron a Leningrado a prepararme para recibir el título de profesora, en mis oídos sonaban continuamente las palabras de mi hermano: “Estudia, María, estudia por todos nosotros”. Y yo ponía todo mi empeño: estudiaba por él, por mi hermana, por mi madre, la cual siempre fué analfabeta, por todas las zirianas que durante centenares de años no tuvieron la posibilidad de estudiar... En abril de 1936, defendí mi tesis en la Universidad de Leningrado a fin de recibir el grado de candidato a doctor en ciencias químicas. Me temblaba la voz al pronunciar las primeras palabras, pero mi tesis recibió una alta calificación. Y ahí me tenéis, convertida en candidato a doctor en ciencias químicas, docente de la Universidad. “Esto está muy bien—pensé—, pero es preciso seguir adelante, es preciso que aporte algo nuevo a la ciencia”. Y seguí adelante. Estudié lenguas extranjeras y ahora puedo leer toda la literatura que hay editada respecto a mi especialidad. He escrito ya cuatro tra-

bajos científicos y ahora estoy preparando la tesis doctoral.

El verano pasado visité mi pueblo natal. Los vecinos salieron corriendo a mi encuentro, me rodearon; las mujeres me besaban, los hombres me estrechaban la mano y decían: “María, llegarás a ser profesora, y te lo agradecemos”.

La historia de María Vórsina no es un caso único. Por el contrario, su destino feliz es el caso típico de toda una generación de muchachas soviéticas. Y en el cariñoso recibimiento prodigado por los zirianos a su compatriota se refleja también el sentimiento de todo el pueblo soviético, el justo orgullo por sus hijos.

El arte de los pueblos de la Unión Soviética, sus manifestaciones artísticas populares, que en otros tiempos eran aplastadas implacablemente, han alcanzado un gran florecimiento. En todas las Repúblicas de la U.R.S.S. han sido creados magníficos teatros, escuelas y academias de arte. Y entre los artistas, cantantes y pintores de las Repúblicas nacionales, las mujeres ocupan un puesto de honor. Muchas de ellas son artistas dotadas de gran talento y capacidad, que se han hecho acreedoras a las altas condecoraciones que les otorgó el Gobierno de la U.R.S.S., por ejemplo: las uzbekas Tamara Jánum y Jalima Nasírova, la kasaja Kuliash Baisétova y otras.

Así es como durante los veinticinco años de existencia del Poder soviético ha cambiado de un modo irreconocible la vida de las mujeres del Oriente soviético. Se ha llevado a cabo una profundísima revolución en el terreno social y cultural: ha sido aplastado y destruído el viejo y sombrío régimen de vida de la mujer del Oriente. Librada de la secular opresión y esclavitud, la mujer ha obtenido en la Patria soviética todos los derechos, salió al camino de una vida independiente política, social, económica y cultural.

LAS MUJERES EN LA GRAN GUERRA PATRIA

La gran guerra patria no ha encontrado desprevenida a la mujer soviética. Al mismo tiempo que se ocupaba en una labor pacífica y creadora, la mujer del País Soviético no dejaba de prepararse activamente para defender su Patria.

Centenares de miles de mujeres practicaban el deporte y se entrenaban especialmente para recibir la insignia de "Apto para el Trabajo y la Defensa". Millones de mujeres asimilaban los conocimientos de enfermeras militares en los cursillos especiales de la asociación "Apto para la Defensa Sanitaria". Turismo, alpinismo, largas excursiones, carreras a distancia en esquís, aviación, paracaidismo, planerismo: todo esto se ha convertido en la distracción favorita de la juventud soviética y, entre ésta, de las muchachas soviéticas. En este terreno, completamente nuevo para ellas, las mujeres del País Soviético han dado ejemplos de audacia y de completo conocimiento de la complicada técnica de la materia, alcanzando una serie de records mundiales.

No tiene precedentes en la historia el vuelo de las aviadoras Valentina Grisodúbova, Polina Osipenko y Marina Raskova. En septiembre de 1938, pilotando el avión "Ródina", cubrieron en línea recta 6.000 kilómetros, estableciendo el record mundial femenino de vuelo a distancia. Esta hazaña las hizo merecedoras del honroso título de Héroe de la Unión Soviética. La mayoría de los records femeninos mundiales de vuelo de altura también han sido conquistados por las mujeres soviéticas; y, entre éstas, por Polina Osipenko, una de las heroínas del vuelo del "Ródina".

Por boca de la Héroe de la Unión Soviética, Valentina Grisodúbova, las mujeres soviéticas hicieron la siguiente promesa:

"Si el enemigo se atreve a atacarnos, unidas a todo el grandioso ejército de hombres, al lado de

éstos, hombro a hombro con ellos, en el aire y en la tierra se alzarán un numeroso y magnífico ejército de mujeres del gran país socialista”.

Y cuando llegó la hora de la dura prueba, las mujeres soviéticas cumplieron con honor su promesa: tanto en la retaguardia como en los frentes luchan valerosamente contra el enemigo.

LAS MUJERES, COMBATIENTES DE LA RETAGUARDIA

El peligro que se ha cernido sobre nuestra Patria, multiplicó las filas del enorme ejército del trabajo formado por las mujeres: obreras, koljosianas e intelectuales. Ellas relevaron a sus maridos, hijos y hermanos que marcharon al frente. La lucha a vida o muerte contra los bandidos fascistas llenó de noble inspiración a millones de pacíficas trabajadoras, que se transformaron en verdaderas combatientes de la retaguardia, dispuestas a realizar cualquier hazaña en el trabajo, cualquier sacrificio por la causa.

“Las máquinas en las que trabajaban nuestros compañeros que marcharon al frente no quedarán paradas ni una hora, ni un segundo”, dijeron las obreras de Moscú, Leningrado, Ivánovo y de los Urales. Y con ellas, todas las mujeres de la tierra soviética pronunciaron esta promesa sagrada y se han adherido a la intensa campaña de trabajo para ayudar al frente.

Como si fuera en el frente, con ritmos de guerra, trabajan las patriotas soviéticas. Crece el número de las mujeres que atienden muchas máquinas a la vez.

Cuando comenzó la guerra y los hombres marcharon al frente, la fresadora-ajustadora S. Berésina, de la fábrica “Freser”, pasó a atender 18 máquinas—cosa nunca vista hasta entonces, ya que antes lo normal era hasta 9 máquinas—, y trabaja sin la menor falla. La stajanovista Símnova, de una fá-

brica de instrumental, atiende 20 fresadoras semi-automáticas. Ejemplos como éstos puede citarse a millares.

También ha tenido una amplia difusión en los días de la guerra la combinación de profesiones. La joven comunista Sóboleva, obrera del taller de forja, trabaja a la vez como cortadora. A. Babenko, P. Protásova, N. Petriakova, J. Zhógova y otras, obreras de una fábrica metalúrgica, aprendieron las profesiones de maquinista de grúa, de chófer, etc.

El sobrepasar las normas establecidas se ha hecho regla para las obreras. En una fábrica de accesorios para automóviles y tractores, las obreras comenzaron a rendir el doble de la norma de trabajo y aún más. La obrera Vera Skvortsova, que trabaja en la soldadura eléctrica de una fábrica de construcción de maquinaria, ingresó en esta fábrica ya durante la guerra: ahora rinde cerca de tres normas y se apaña sola, sin el obrero auxiliar. Popravka y Zánina, montadoras de la fábrica de calderas de Kúibyshev, cumplen las normas establecidas en 500 por ciento.

Las célebres palabras de la orden del Comisario del Pueblo de Defensa, J. Stalin: "Podemos y debemos limpiar la tierra soviética de la inmundicia hitleriana", estimularon a los obreros de la Unión Soviética para nuevas hazañas en el trabajo y dieron origen a un nuevo y magnífico movimiento: el de las obreras que cumplen en 1.000 por ciento, y aún más, las normas establecidas. La primera de ellas fué A. S. Aristova, afiladora de instrumentos cortantes de la fábrica "Ordzhonikidse" del distrito de Cheliábinsk, que cumple la norma en 1.450 por ciento. La devanadora de una fábrica de artículos de electricidad de los Urales, Raísa Kashtíмова, llegó a rendir 30 normas por turno. La base de estos extraordinarios éxitos está en la racionalización de los procesos tecnológicos. Las patriotas stajanovistas se manifiestan como audaces innovadoras en la producción.

Debido a que los hombres fueron llamados a las filas del Ejército Rojo, las mayores dificultades surgieron en aquellas ramas de la producción en que antes predominaban los llamados "oficios masculinos", considerados poco accesibles para la mujer. Sobre todo hay gran cantidad de estos oficios en la industria pesada: en las industrias metalúrgica, minera, hullera y petrolífera, que tienen una importancia de primer orden para la defensa del país. Las patriotas soviéticas lograron vencer estas dificultades. Las obreras funden metal, descienden a las minas, trabajan en los yacimientos petrolíferos. En todas las empresas se han iniciado cursillos técnicos intensivos para las mujeres. Rápidamente se preparan las obreras en profesiones antes desconocidas para ellas.

Al despedir a los obreros metalúrgicos que se marchan al frente, las obreras les dicen: "Volved con la victoria, que no tendréis escasez de metal. Nuestras manos son pequeñas, pero hábiles. Fundiremos un metal resistente. Mal lo van a pasar los fascistas". Y las patriotas soviéticas confirman sus promesas con gloriosas hazañas. Desde los primeros meses de la guerra, las mujeres trabajan con éxito en la industria metalúrgica como maquinistas, laminadoras, fundidoras, etc.

Es sabido que el trabajo de los marineros, el trabajo en las armadías de maderos exigen una gran fuerza y resistencia física. Pero las mujeres, llenas de decisión para vencer cualquier dificultad, sustituyen con éxito a sus maridos y hermanos también en estos oficios. En la flota fluvial del Yénisei trabajan más de dos mil mujeres; en el Volga Central, millar y medio. Las mujeres trabajan no sólo como marineros, sino también como mecánicos, capitanes de barco, jefes de puertos. Durante el período de la guerra, 40.000 mujeres se incorporaron a las filas de los ferroviarios.

El entusiasmo por el trabajo, que ocupa hoy el

espíritu de todas las mujeres del País Soviético, es un reflejo de su ardiente patriotismo, de su sentimiento de gran responsabilidad ante la Patria y de su apasionado anhelo de entregar todas las fuerzas en defensa de ella.

Cuando se trata de ayudar a la Patria, las mujeres de la Unión Soviética, sin contar el tiempo, trabajan cuanto sea necesario para la producción. “Si es preciso, trabajaremos día y noche; y, si llega el caso, os ayudaremos con las armas en la mano. No os preocupéis por nosotras, no estéis intranquilos; tenemos plena conciencia de nuestro deber ante la Patria, comprendemos toda la seriedad y responsabilidad de la situación”, así escriben las obreras, dirigiéndose a sus maridos, hermanos, padres e hijos que marcharon al frente.

No son raros los casos en que los obreros y obreras exigen que en las mismas empresas, en las habitaciones destinadas al descanso coloquen camas, para, en caso de necesidad, no perder tiempo en ir y volver a su casa, poder descansar allí mismo y reanudar en seguida el trabajo.

Las mujeres de la aldea soviética, las koljosianas y obreras de los sovjoses, tampoco se quedan a la zaga de las obreras de las ciudades en su patriótico anhelo de trabajar.

Inmediatamente después de comenzar la guerra, el grupo de tractoristas, diputados del Soviet Supremo de la U.R.S.S., formado por P. Anguélina, V. Vajóldina, T. Mujórtova y P. Kovardak, se dirigió a las mujeres y muchachas de la aldea soviética, llamándolas a sustituir a los hombres que fueron movilizados. “En estos días difíciles—escribían ellas—, la gente soviética, del más pequeño al más grande, debe trabajar y trabajará en cualquier sector heroica y abnegadamente. Nosotras, las mujeres y muchachas, tendremos que relevar a los hombres. Al despedirlos cuando marchen a la sagrada guerra contra los bandidos fascistas, les diremos: “Marchad, que-

ridos, con valentía al combate, aplastad implacablemente a los fascistas. Y nosotras, mientras tanto, os relevaremos en la retaguardia, en los campos, en las Estaciones de Máquinas y Tractores, en los koljoses y sovjoses, en los tractores y en las segadoras-trilladoras”.

Las mujeres de las aldeas soviéticas respondieron con ardiente entusiasmo a este llamamiento, en el que resonaba la voz de su propio corazón. En la U.R.S.S. surgió un nuevo ejército de muchos millares de tractoristas y conductoras de segadoras-trilladoras. La mujer se ha transformado en fuerza decisiva en los koljoses. Las koljosianas, lo mismo que las obreras, rebasan sistemáticamente las normas establecidas.

Ese impulso patriótico para el trabajo, como jamás se había conocido hasta ahora, ha llegado a dominar no sólo a millones de obreras y koljosianas; se ha adueñado también de un enorme ejército de amas de casa y las ha llevado a incorporarse a la lucha por la causa de todo el pueblo: a la defensa de la Patria.

Las amas de casa—esposas y madres de los llamados a filas—van a trabajar a las fábricas.

Por todas partes se organizan cursillos técnicos para las nuevas obreras, en los que éstas aprenden las más diversas profesiones. Con ayuda de los viejos obreros y obreras calificados, las amas de casa asimilan rápidamente el nuevo oficio y llegan a ser obreras calificadas y con frecuencia trabajan incluso mejor que sus maestros.

Una ayuda inapreciable prestaron las amas de casa durante la recolección de la cosecha. Centenares y miles de ellas participaron en las labores agrícolas de los koljoses y sovjoses. Para ayudar al campo en las faenas de la siembra y de la cosecha fué enviada gente de las ciudades, en su mayoría mujeres: obreras, empleadas y estudiantes. Sólo en la región de Chkálóvsk trabajaron en 1942 en las

faenas de la recolección más de 92.000 personas venidas de la ciudad. Muchas de ellas se pusieron al volante del tractor. La gran ayuda prestada por la ciudad contribuyó a que la recolección fuera realizada a tiempo y sin pérdidas.

Especial empeño y abnegación muestran las amas de casa al prodigar sus cuidados a los combatientes del Ejército Rojo. Durante la legendaria y heroica defensa de Sebastópol, no quedó ni una ama de casa de la ciudad que no participara en la lucha. Las amas de casa organizaron más de cien brigadas de ayuda al frente. Cosían gorros, tejían calcetines y jerseys, componían y lavaban la ropa, hacían botas; otras fabricaban armamento de guerra, granadas de mano y de mortero, botellas con líquido inflamable. Estas valerosas mujeres se veían obligadas a vivir y a trabajar bajo tierra, en las profundas galerías y refugios subterráneos. Incluso las más ancianas expresaron su deseo de participar en la obra común.

Las familias de los combatientes rojos reciben un subsidio del Estado. "Nuestros maridos pueden combatir tranquilamente en el frente. No tienen por qué inquietarse por nosotros. Con la ayuda que nos presta el Estado soviético vivimos sin privaciones ni dificultades", dice la obrera Tsvetáieva, compañera de un combatiente rojo y madre de tres niños. Esta convicción fortalece aún más el espíritu de las mujeres soviéticas, dispuestas a trabajar dondequiera que las envíe a trabajar su Patria.

En este unánime y potente ímpetu de trabajo tampoco se queda a la zaga de las obreras y koljo-sianas la intelectualidad femenina soviética. Médicas, ingenieras, maestras, agrónomas, investigadoras científicas, pintoras, concertistas, artistas, estudiantas; todas han reorganizado su vida y su trabajo según las exigencias de la guerra, entregando todas sus fuerzas a la causa de la ayuda al frente, a la causa de la defensa de la Patria.

El entusiasmo patriótico contribuye también a un extraordinario progreso del pensamiento racionalizador científico y técnico. Las jóvenes ingenieras de una de las fábricas del Comisariado del Pueblo de la Industria de la Electricidad idearon unos buriles y accesorios especiales que solucionaron en gran medida el problema de la falta de mecánicos de alta calificación que necesitaba la fábrica. La geóloga Kniáseva descubrió un nuevo yacimiento de petróleo, producto de primera necesidad en la guerra. La académica Lina Stern lucha con éxito contra el chok, restableciendo el funcionamiento normal del corazón ya debilitado.

Las actrices de los mejores teatros soviéticos—del Gran Teatro, del Mali Teatr, del Teatro de Arte, del Teatro de la Opera de Leningrado y otros—ponen todo su talento, todas sus energías al servicio del país. Se ha organizado gran número de elencos artísticos que debutan en las unidades militares del frente, en la zona de guerra y en la retaguardia.

El deseo de ayudar en todo lo posible al frente es cada día más intenso. Millares de mujeres que se dedicaban al trabajo intelectual—empleadas, maestras, etc.—, marcharon a las fábricas, a los bancos de trabajo, a empuñar el volante del tractor o el timón de la segadora-trilladora.

Sin embargo, lo más característico de este heroico impulso del trabajo femenino, de las obreras de la retaguardia, es su participación en masa en la defensa del país. Decenas de miles de mujeres de Moscú, Leningrado, Stalingrado y de todas aquellas ciudades a las que se aproximó el enemigo, al primer llamamiento del Gobierno, fueron a levantar fortificaciones. Obreras, maestras, ingenieras, actrices, investigadoras, empuñaban el pico y la pala, para cortar el camino al enemigo, para ayudar al Ejército Rojo en su lucha. En verano y otoño de 1942 un enorme ejército de mujeres de todo el país marchó a cortar leña y a extraer turba. Ellas

abastecieron de combustible a las empresas, al transporte, a sus propias casas. Ellas proveyeron a las ciudades de combustible para todo el invierno.

Decenas de miles de mujeres son donantes. Entregan su sangre para salvar la vida de los combatientes heridos.

Confeccionan y recolectan regalos para los soldados del Ejército Rojo. Adoptan a los niños que durante la guerra perdieron a sus padres y los rodean de cuidados y cariño maternal.

En los días de la heroica defensa de Sebastópol, el número de mujeres que expresaron su deseo de adoptar niños era mayor que el de los mismos huérfanos.

Las mujeres-combatientes de la retaguardia, con vista penetrante y ojo avizor vigilan las ciudades y aldeas, protegiéndolas contra los ataques aéreos del enemigo.

Centenares de miles de milicianas de la defensa pasiva siguieron unos cursos especiales de sanidad. Durante los bombardeos, acuden rápidamente y con decisión, a lo militar, allí donde se precisa su ayuda. Entre las milicianas se encuentran numerosas muchachas jóvenes y estudiantes.

La mujer participa activamente en la vigilancia y en la defensa contra los incendios en las casas; toma parte y dirige los grupos de autodefensa organizados en las ciudades de la Unión Soviética. De día o de noche, durante los bombardeos, son las que cuidan por todas partes del orden. Los grupos de autodefensa designan a su vez destacamentos para la lucha contra los incendios, primeros auxilios, etc.

Durante uno de los bombardeos de Moscú, en el patio de una casa de madera de dos pisos cayeron varias bombas incendiarias. Un minuto más tarde, todo hubiera sido pasto de las llamas; pero el ama de casa, Antónova, apagó inmediatamente las bombas con agua y arena.

Dos hermanas, obreras stajanovistas de una fá-

brica de Moscú, Raísa y Alejandra Ivánchenko, ingresaron en un batallón de caza. En la noche del 22 de julio de 1941, el jefe envió a 10 personas del destacamento para apagar un incendio. Entre ellas se encontraba Raísa Ivánchenko. En el lugar del incendio ardía una enorme hoguera, pero Raísa no se desconcertó; varias veces se lanzó al interior del edificio envuelto en llamas y cada vez regresaba cargada con objetos de gran valor. Esto animó a las demás, que siguieron su ejemplo, y poco después el incendio fué dominado. Por su valentía y audacia, Raísa Ivánchenko fué condecorada por el Gobierno de la U.R.S.S. con la Orden "Al honor".

Eugenia Zhuravliova, hija del heroico Leningrado, durante los ataques aéreos del enemigo, salvó con sus manos quemadas a decenas de víctimas de las ardientes llamas.

Penetrado de verdadero heroísmo está el trabajo de las obreras de los talleres y fábricas de las ciudades cercanas al frente. "Cuando nos marchábamos al trabajo, no sabíamos si al regresar encontraríamos enteras nuestras casas—contaba la obrera leningradense Matvéieva—. En casa quedaban los niños. Pero ni un solo día, ni una sola hora se interrumpía nuestro trabajo".

La valerosa vecina de Sebastópol, la estampadora Anastasiã Chaus, trabajaba junto a su máquina sin hacer el menor caso de las explosiones de las bombas y de los proyectiles. Durante uno de los bombardeos, Anastasia perdió una mano. Pero apenas se había repuesto, regresó a su prensa y cumplía con una sola mano de tres a cinco normas por turno.

Sin igual heroísmo, firmeza y energía demuestran las madres que acompañan a sus hijos al frente. Les bendicen para las heroicas hazañas bélicas en la lucha contra el odiado enemigo.

"Para ti no puede existir otra vida que la del hombre libre—dice la madre al despedir a su hijo que va al frente—. Todo lo que tienes, todo lo que

posees y que te llena de orgullo, te lo ha dado tu Patria, tu País Soviético. Tenlo presente y defiende tu Patria con valor y heroísmo. No te preocupes por nosotras. Haremos todo lo que podamos para ayudar a la victoria del Ejército Rojo”.

De esos mismos pensamientos y sentimientos patrióticos están llenas las cartas que envían al frente las madres y esposas de los combatientes soviéticos.

María Nikítichna Zabolótnaia, de la ciudad de Sergó, cuyos dos hijos se encuentran en el frente, escribe a uno de ellos: “Querido hijo Vitia: Te bendigo con la ira de la Patria mía. Que mi amor maternal te ayude y resguarde de las balas. Si encuentras a tu hermano Micha, ponte a su lado en cualquier combate”.

La moscovita Agrafena Platónovna, obrera tala-dradora, escribe a su marido que está en el frente: “Querido mío: No te intranquilies por mí y sé implacable con el enemigo. Siempre me sentía orgullosa de ti y estoy segura de que con tu conducta en el frente no ofenderás mi orgullo... Combate lo mejor posible y escribe más a menudo”.

Innumerables ejemplos del más elevado heroísmo entre las madres soviéticas se pueden encontrar en la laboriosa vida cotidiana del País Soviético.

La modesta guardavías de uno de los ferrocarriles vecinos a la zona del frente, Sverkóvskaia, marchó a hacer su recorrido de turno por la vía, dejando en la casilla ferroviaria a sus dos hijitos de corta edad. Un buitre fascista, que rondaba sobre la vía, se dirigió hacia la casilla y arrojó sobre ella su carga mortífera. Entre los escombros de la casilla quedó lo más precioso que tenía Sverkóvskaia: sus dos hijos. Pero el sentimiento del deber ante la Patria se impuso sobre sus sentimientos de madre: la guardavías debía detener lo más pronto posible el tránsito por aquella línea. Sólo después de haber cumplido su obligación, Sverkóvskaia regresó a su casa

destruída, donde encontró a una de las criaturas muerta y a la otra gravemente herida.

En esta hazaña de la modesta guardavías, en las sencillas y naturales cartas de las madres, conmovedoras, pero inquebrantablemente firmes, se refleja la grandeza de todo el País Soviético: su indestructible voluntad de alcanzar la victoria, su inalterable fe en el triunfo.

LAS MUJERES DEL PAÍS SÓVIETICO, COMPAÑERAS DE COMBATE DE LOS SOLDADOS DEL HEROICO EJERCITO ROJO

Miles y miles de patriotas soviéticas no se sienten satisfechas sólo con trabajar en la retaguardia; ansían algo más: aspiran a luchar en las primeras líneas del frente, quieren compartir con sus maridos y hermanos el peligro de la lucha a muerte contra el enemigo jurado.

La consigna de guerra: "Todas las mujeres sin excepción deben estar preparadas para la defensa sanitaria", ha sido llevada a la vida. Decenas y centenares de miles de muchachas y mujeres ingresaron en los destacamentos sanitarios y estudian en los cursos de enfermeras. Muchas de ellas se encuentran en el frente desde los primeros días de la guerra y prestan sus auxilios a los combatientes heridos. Los nombres de estas heroínas quedarán grabados en la historia de la lucha de los pueblos soviéticos contra el fascismo feroz.

Pueden citarse centenares de ejemplos de maravillosa audacia, valentía y lealtad sin reservas de las sanitarias, enfermeras y médicas que realizan hazañas heroicas para salvar a los combatientes heridos.

En un terreno ocupado por los fascistas quedaron cinco soldados rojos gravemente heridos. La sanitaria Claudia Pávlova se abrió paso hacia ellos. Atándose a un combatiente sobre la espalda, Páv-

lova se arrastró 4 kilómetros y lo llevó hasta el puesto de sanidad de primera línea. Y así durante todo el día, Pávlova logró salvar a los cinco heridos.

La enfermera Tamara Kálnina, de 17 años de edad, pese a las terribles quemaduras que sufrió, sacó de un camión envuelto en llamas y bajo una lluvia de balas a 15 combatientes gravemente heridos. La heroica defensora de Sebastópol María Lesovaia, de 19 años de edad, salvó en un combate la vida de 21 heridos. Ella los defendió contra 13 fascistas que intentaban acabar con ellos. Otra muchacha de Sebastópol, G. Malenko, permaneciendo día y noche en las posiciones, salvó la vida a 300 soldados rojos y jefes.

Todo el País Soviético conoce el nombre de la sanitaria Elena Kovalchuk. En un combate, en el que ella misma resultó herida, vendó a 200 combatientes y sacó a 80 heridos de la zona de fuego. En un combate, Kovalchuk retiró de la zona de peligro a un jefe de compañía herido y le sustituyó en el combate. A la cabeza de un destacamento, fué la primera en lanzarse al ataque y, a pesar de haber recibido otra herida, no se retiró de las filas. La aldea atacada fué conquistada por las tropas del Ejército Rojo. El Gobierno condecoró a E. Kovalchuk con las Ordenes de la Estrella Roja y de la Bandera Roja.

Un tren de sanidad, en el que la enfermera Elena Zhavorónkova y seis sanitarias conducían a 130 heridos graves, quedó cercado. Pero Elena no se desconcertó: organizó la vigilancia del tren y estuvo de guardia días y noches sin cerrar los ojos. Cuando al cabo de tres días se agotó el pan en el convoy, Elena se puso en contacto con las koljosianas de la aldea más cercana e inmediatamente aparecieron leche, frutas, pan, sopa e incluso algunos cajones con macarrones. Después de dejar todo en orden, la infatigable Elena llamó a una sanitaria, se disfrazaron de aldeanas y ambas marcharon en bús-

queda de los suyos. El camino era muy peligroso: un avión fascista, en vuelo rasante, disparaba contra las muchachas. Sin embargo, Elena llegó hasta el lugar en que se encontraban las unidades del Ejército Rojo, llevó hasta el convoy 20 camiones y condujo a todos los heridos a la profunda retaguardia.

Maravillas de heroísmo revelan las mujeres médicas. La doctora Klítina, bajo un fuego graneado y en medio del fragor del combate, se arrastraba de una línea a otra buscando a los heridos. Sobre sus espaldas sacó de la zona de fuego a veinte combatientes, salvándolos de una muerte segura.

Dos telefonistas—Eva Davidson y Liuda Stamborg—estaban en su puesto cuando el enemigo pasó a la ofensiva. La casita en que se hallaba instalada la estación telefónica, resultó encontrarse en la zona de fuego. Del Estado Mayor llegó el permiso de retirarse del lugar de trabajo y marchar al refugio. No obstante, las valerosas muchachas decidieron permanecer en su puesto. Una de ellas, Eva Davidson, se subió al tejado y desde allí observaba el avance del enemigo, mientras que la otra transmitía los datos por teléfono a las unidades militares. Esto contribuyó a que las tropas soviéticas terminaran con éxito la operación. Sólo en el último momento, cuando el enemigo estaba ya muy cerca de la estación telefónica, las valientes muchachas abandonaron sus puestos, inutilizando previamente todos los aparatos, y se marcharon hacia los suyos, a través de senderos ocultos del bosque.

Las mujeres del País Soviético no sólo ayudan a los soldados del Ejército Rojo a combatir en el campo de batalla, sino que ellas mismas combaten con bravura contra el enemigo.

Entre los defensores de Sebastópol, entre los héroes que inmortalizaron sus nombres, las mujeres combatientes ocupan un puesto de honor.

Liudmila Pavlichenko terminó la escuela de snáipers ya antes de la guerra. En los combates por Odesa y Sebastópol, tuvo ocasión de poner en práctica su habilidad. Audaz, vigilante y cautelosa como es y conociendo a la perfección su arma de combate (su fusil no falla nunca), Liudmila Pavlichenko se ha transformado en un verdadero terror para los alemanes. Cada día aumentaba la cuenta de los fascistas eliminados por ella; en julio eran ya 309. Con orgullo y honor lleva Pavlichenko su título militar: "Snaiپر, cazador de invasores alemanes".

Nina Onílova maneja con maestría la ametralladora. Del mismo modo que Pavlichenko, ella inició su vida militar en Odesa y sobre todo se cubrió de gloria durante los combates por Sebastópol. Onílova era un insustituible apoyo y ayuda de los combatientes sebastopolianos, tanto en la defensiva como en la ofensiva. Ella eliminó con su ametralladora a más de 500 fascistas. Hace poco, Onílova ha sido condecorada con la Orden de la Bandera Roja. Al recibir la condecoración, pronunció las siguientes palabras, breves pero contundentes: "No sé pronunciar discursos; pero sí sé hablar muy bien con los perros fascistas en el idioma de mi ametralladora".

Entre la gloriosa pléyade de las heroínas de Sebastópol merece destacarse otro nombre, el de María Baidá.

Al comienzo trabajaba como instructora en el servicio sanitario de un batallón de infantería y ya allí se conquistó la fama de audaz. Pero María Baidá ardía en deseos de lanzarse al combate. Poco después la incorporaron a una sección de exploradores, donde cambió la mochila de enfermera por el fusil automático. Comenzaron días ardorosos, preñados de peligros, y en uno de ellos María se cubrió de gloria. Los alemanes avanzaban. María y sus camaradas—armados con automáticos como ella—, se encontraban en las primeras líneas; había

matado ya a veinte alemanes, cuando se le acabaron los cartuchos; corrió por la vía de comunicación al punto de aprovisionamiento. Por el camino encontró a un herido, le vendó y le ayudó a llegar hasta el puesto de primeros auxilios, tomó varios discos con proyectiles y granadas e inmediatamente emprendió el regreso hacia la posición. Por el camino divisó a cuatro alemanes que llevaban a un soldado rojo prisionero. Con sus certeros disparos mató a los cuatro, salvando al combatiente rojo; sin detenerse un instante, se apresuró al lugar del combate. Ya habían caído cerca de cien hitlerianos, pero el enemigo seguía presionando. María resultó herida en la cabeza y en un brazo por unos cascotes de granada, pero de nada sirvieron los ruegos de que se retirara del lugar del combate. Baidá volvió a empuñar su automático y disparó hasta que de nuevo se terminaron los cartuchos. Herida por segunda vez, marchó en busca de municiones y, nuevamente, como la vez anterior, tropezó en el camino con cuatro alemanes. A tres de ellos los mató allí mismo a tiros, al cuarto le aplastó la cabeza con la culata de su automático. Recogiendo el arma de uno de los muertos, la muchacha volvió a su puesto. De noche, cuando el combate amainó, María recogió y vendó a los heridos (casi todos los combatientes lo estaban) y los sacó del cerco. El camino pasaba por entre campos minados, pero la muchacha marchaba a la cabeza, arriesgando su vida para salvar la de sus compañeros. Pronto este puñado de valientes llegó a donde se encontraban los suvos. El Gobierno soviético ha concedido a María Baidá el título más honroso en el país: el de Héroe de la Unión Soviética.

¡Cuántas heroínas desconocidas ha hecho surgir la gran guerra patria! En las cercanías de Stalingrado, unos alemanes quisieron obligar a una mujer a que les ayudara a rodear una casa defendida por los combatientes soviéticos. La mujer los condujo

directamente bajo el fuego de nuestros combatientes: "Disparad, camaradas", gritó con todas sus fuerzas. Herida de muerte, las últimas palabras que pudo decir a los combatientes rojos que acudieron en su ayuda fueron: "A pesar de todo, los he llevado a su destino".

En el diario de Willy Meine, suboficial alemán muerto en el frente Noroeste, fué encontrada la siguiente anotación: "Al recorrer Nóvgorod, nuestros soldados encontraron entre los escombros a una mujer combatiente. Cuando intentaron quitarle el arma, ella se abalanzó sobre el oficial. Tres robustos soldados a duras penas lograron dominarla y sólo a fuerza de golpes pudieron obligarla a que marchara adelante. . . La rusa se negó a responder a las preguntas. Recibió la muerte con una sonrisa despectiva, cruzando los brazos sobre el pecho y negándose a que le vendaran los ojos". A este testimonio del enemigo no hay nada que agregar. El amor que profesa la mujer soviética hacia su Patria, el odio hacia el enemigo es más fuerte que la muerte.

El heroísmo de la mujer soviética encontró su más alta expresión en su participación en el movimiento guerrillero, en la lucha que se lleva a cabo en la retaguardia de los alemanes. La guerra de guerrillas trae aparejados un riesgo especial y extraordinarios peligros. Pero la lucha de los guerrilleros en las regiones temporalmente ocupadas por el enemigo ha alcanzado proporciones gigantescas. Numerosos ciudadanos soviéticos abandonaron las aldeas y ciudades ocupadas por los alemanes, marcharon a los bosques y desde allí continúan la lucha contra el odiado enemigo.

Igual que en los memorables días de la guerra civil de 1918-1920, las mujeres que actúan en los destacamentos de guerrilleros cumplen las funciones de exploradoras, sanitarias y enfermeras, abastecen a los guerrilleros de municiones y víveres y luchan como soldados de filas.

Jamás se extinguirá la estela del nombre de Zóia Kosmodemiánskaia. Esta muchacha estudiaba en Moscú en la última clase de la escuela media. Tenía 18 años cuando ingresó en un destacamento de guerrilleros, donde actuó bajo el nombre de Tania. A fines de enero de 1942, fué hecha prisionera por los alemanes en la aldea Petrischevo. Se negó a responder a sus preguntas. Las fieras fascistas se ensañaron con ella torturándola y golpeándola de manera monstruosa. Bajo las heladas del invierno, los alemanes la condujeron por la aldea sólo con la camisa y con las manos atadas a la espalda. La golpearon, la martirizaron, la quemaron; pero la muchacha no declaró nada, los tormentos no quebrantaron su espíritu, continuó guardando silencio. Marchaba serena y valiente al encuentro de la muerte. Heroicas e inolvidables fueron sus últimas palabras dirigidas a los koljosianos y koljosianas que fueron obligados a presenciar la ejecución: "¡Camaradas! ¿Por qué estáis abatidos? ¡Sed valientes! ¡Luchad, aniquilad a los alemanes, quemadlos, hacedles la vida imposible! No temo la muerte. ¡Es una felicidad morir luchando por nuestro pueblo! ¡Adiós, camaradas! ¡Luchad, no temáis! ¡Stalin está con nosotros! ¡Stalin vendrá!". Los koljosianos lloraban. El nombre de Tania perdurará por siempre en el corazón del pueblo soviético.

La guerrillera Alejandra Martínovna Dreiman, de la ciudad de Uvárovo, región de Moscú, fué salvajemente martirizada por los alemanes. La torturaron, ante sus ojos mataron a su hijo recién nacido, a fin de obligarla a decir dónde se encontraba el destacamento de guerrilleros. Pero la fiel hija del País Soviético no dijo nada.

Muchas guerrilleras soviéticas cayeron como heroínas, pero su lugar vuelve a ser ocupado por millares de otras leales hijas del pueblo, dispuestas a entregar sus vidas por la victoria de su Patria.

Las mujeres del País Soviético son dignas com-

pañeras de lucha de los combatientes del heroico Ejército Rojo. La prensa fascista, completamente enredada en su maraña de mentiras, divulga la falsa noticia de que en el frente soviético combaten batallones femeninos, debido a que en la U.R.S.S. se "han agotado" ya las reservas de hombrés. Claro es que este provocativo embuste no inducirá a nadie a error. En la U.R.S.S. hay suficientes hombres aptos para luchar; lo testimonia la gloriosa ofensiva del Ejército Rojo. En la U.R.S.S. no existen batallones femeninos, pero sí existe un inmenso ejército formado por las mujeres de todo el pueblo, dispuestas en todo momento a marchar a la defensa de su Patria: son las médicas, las enfermeras, las sanitarias, las bomberas y las guerrilleras; son las obreras y koljosianas que trabajan en la retaguardia. Las mujeres del País Soviético, todas a una, están dispuestas a empuñar el fusil en sus manos: en esto reside su grandiosa e invencible fuerza.

LAS MUJERES DE LA U.R.S.S. EN EL FRENTE UNICO ANTIHITLERIANO DE LOS PUEBLOS AMANTES DE LA LIBERTAD

Las mujeres del País Soviético combaten no sólo por sí, por sus familias, por su país. Ellas combaten por las mujeres del mundo entero, por salvar a la civilización de la barbarie fascista, por un luminoso futuro para toda la humanidad. Las ardientes patriotas del País Soviético se destacan en su lucha como participantes en el frente único de los pueblos amantes de la libertad contra la tiranía hitleriana.

Las inmundas hordas fascistas siembran por todas partes la muerte, la ruina y la esclavitud. Hitler envió sus aviones contra las ciudades y aldeas de Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, Noruega, Grecia y Yugoslavia. Hitler extermina a la población de los países eslavos. Por orden de Hitler, los sol-

dados alemanes ametrallan a las mujeres y a los niños indefensos. Las mujeres de los pueblos amantes de la libertad saben que sólo aniquilando a Hitler y su banda, que sólo haciendo desaparecer el fascismo, podrán obtener la felicidad y el sosiego. Las mujeres de Inglaterra, América, China, y también las de los pueblos temporalmente esclavizados por el hitlerismo, han ocupado ya su puesto en las filas combativas.

Pero ahora, cuando la lucha ha entrado en su fase decisiva, las mujeres tienen que multiplicar sus esfuerzos y aunar sus acciones.

El 10 de mayo de 1942, se celebró en Moscú un mitin de las mujeres de la U.R.S.S. participantes en la guerra patria, las que se dirigieron a las mujeres del mundo entero con el siguiente llamamiento.

“Mujeres de Inglaterra, América y de todos los países amantes de la libertad: Hoy, más que nunca es preciso unificar nuestras acciones... Os exhortamos a adheriros a nuestras filas en la hora de los combates decisivos contra el hitlerismo sediento de sangre. Tened presente que en nuestros campos de batalla se decide también vuestro porvenir.

El que quiera una vida de paz, que ayude a la guerra contra el fascismo. El que quiera la felicidad de sus hijos, que aniquile a los asesinos de niños.

¡Más aviones, tanques y cañones! ¡Más bombas y proyectiles sobre la cabeza del monstruo hitleriano que quiere engullirse a toda Europa, a todo el mundo!

¡Mujeres de los países ocupados por los fascistas alemanes! Empuñad en vuestras manos los fusiles y las granadas. Se acerca la hora en que se romperán las ignominiosas cadenas que atan a vuestras queridas ciudades y aldeas. Si queréis que esta hora de liberación llegue mañana mismo, seguid hoy el ejemplo de las guerrilleras de las regiones soviéticas temporalmente ocupadas por los alemanes. ¡Causad

daño a cada paso a los forajidos hitlerianos! Volad los depósitos y las vías férreas de los alemanes, destruid sus comunicaciones, obstaculizad el trabajo de las fábricas y de los talleres que producen para los alemanes. Oponeos al saqueo fascista. ¡No permitáis que vuestros padres, maridos e hijos ingresen en el bandidesco ejército hitleriano!

Mujeres de Alemania: ¿Acaso no está claro para vosotras lo que mañana le espera a Alemania si hoy continúa gobernándola el asesino Hitler? ¡Luchad por el derrocamiento de la camarilla de aventureros de Hitler y Goering! ¡Detened el envío de convoyes militares al frente, sabotead la industria de guerra!

¡Mujeres de todo el mundo! ¡Adelante, al aplastamiento definitivo de las bandas hitlerianas! El que ansía la victoria, que contribuya a ella. ¡La victoria jamás llega sola, es preciso conquistarla!

¡Fortaleced el frente único antifascista de las mujeres del mundo entero!

¡En la gran guerra liberadora contra la tiranía fascista, las mujeres del País Soviético, las mujeres del mundo entero unidas a los pueblos de la U.R.S.S. y a todos los pueblos del mundo amantes de la libertad, vencerán!"

INDICE

Prólogo	1
Lo que el Estado soviético ha dado a la mujer	6
El trabajo libre de las obreras y koljosianas	9
Desarrollo cultural de la mujer en la U.R.S.S.	19
La familia y la maternidad en la U.R.S.S.	26
Las mujeres del Oriente en la lucha por una vida nueva	34
Las mujeres en la gran guerra patria	39
Las mujeres, combatientes de la retaguardia	40
Las mujeres del País Soviético, compañeras de combate de los soldados del heroico Ejército Rojo	50
Las mujeres de la U.R.S.S. en el frente único anti- hitleriano de los pueblos amantes de la libertad . . .	57